

LA GRAN COMEDIA

DE
EL CABALLO DEL REY DON SANCHO.

EN CUATRO JORNADAS Y EN VERSO

por

DON JOSÉ ZORRILLA.



MÁDRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Octubre de 1843.

PERSONAS.

DON SANCHO EL MAYOR, *rey de Navarra.*

LA REINA, *su muger.*

EL INFANTE DON GARCÍA.

DON RAMIRO.

GISBERGA.

DON PEDRO SESÉ, *caballerizo mayor del rey.*

ARJOÑA.

JUAN.

MELENDO.

Soldados. — Caballeros. — Pages. — Reyes de armas. — Jueces del campo. — Pueblo.

Año 1030 de N. S. J. C.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene In Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Jornada primera.

Interior de un aposento de una casa rústica, que ocupa la mitad de el escenario, cuyos adornos consisten en utensilios de caza. Este aposento tiene una puerta á la derecha y dos en el fondo; de estas dos la una es una alcoba, la otra es la salida y entrada. A la izquierda una ventana con reja de madera. La parte exterior del teatro figura la ladera de un montecillo, cuyo horizonte se cierra con montañas en que se abren varios senderos.

ESCENA PRIMERA.

GISBERGA *en el aposento*, JUAN *bajando por la montaña.*

GISBERGA. Ya va avanzando la noche,
y fria y lóbrega cierra,
¡y aun no vuelven...! pero siento
pasos ¿Quién es? (*Asomando á la ventana.*)

JUAN. (*Desde fuera.*) Yo.

GISBERGA. Ya llegan.

(*Abre Gisberga, y entra Juan con caza y perros.*)

¿Y tu amo?

JUAN. ¿Pues no ha venido?

GISBERGA. No.

JUAN. Habrá alzado alguna pieza.

GISBERGA. ¿Mas dónde está?

JUAN. Tras mí viene.

Le dejé junto á la peña
del puente, donde los perros
se nos plantaron de muestra.

GISBERGA. ¿Tan de noche y sigue rastro?

JUAN. ¡Qué quereis! Si no le deja

:

la afición. Díjome al irse
que á espacio á casa volviera
que de cerca me seguía ;
mas al pie de aquella cuesta
le he esperado largo rato
y ya creí que me hubiera
adelantado tomando
por el atajo.

GISBERGA. Pues, ea,
que te ayude el africano
á descargar, y Teresa
que apronte una buena lumbre.

JUAN. Sí por Dios, que ahora comienza
una lluvia tan menuda
que cala.

GISBERGA. Pues date prisa.

JUAN. Allá voy. ¡Bien lo hemos hecho!
Molidas traigo las piernas.

ESCENA II.

GISBERGA.

(Don García baja por las montañas acercándose á la casa y dando instrucciones á los que le acompañan para lo que pasa en las escenas posteriores. Don García se adelanta solo.)

Tan tarde y solo en el monte
y ahora que anda tan revuelta
Navarra, y el rey ausente
haciendo á los moros guerra
mas... sí... estoy sintiendo pasos...
él es... sin duda (*Mira por la ventana.*) se acerca
¿eres tú?

GARCIA. Yo soy.

GISBERGA. Aguarda
que voy á abrigte la puerta. (*Lo hace.*)
Entra, amor mio... ¡Mas ciclos,
no es él!

GARCIA. No, no es el que esperas
tan afanosa y amante,

pero es otro cuyas buellas
solo traen rastro seguro
cuando hácia tí se enderezan.

GISBERGA. Señor, caballero, basta:
basta de vanas protestas,
de un amor que simpatía
en mi corazon no encuentra.
Dos veces me habeis buscado,
y dos veces por sorpresa
habeis llegado hasta mí
aprovechando la ausencia
de las gentes de mi casa.

GARCIA. Aparta, serrana bella,
el ceño adusto, que entolda
tus miradas hechiceras.

¿Qué haces entre los peñascos
de estas montañas desiertas,
donde el sol de tu hermosura
tan breve horizonte encuentra?

Ven, abandona conmigo
estas paredes de tierra
para habitar un palacio
y ver á tus plantas puesta
toda una corte ostentosa,
toda la Navarra entera.

GISBERGA. Si no me enojaran tanto
vuestras lisonjas molestas
á fé que reir me harian
tan colosales promesas,
porque tan grandes no fuesen
si fuesen mas verdaderas.

Toda Navarra ¡ahí va poco!

¿y á quién? ¡á una lugareña!

GARCIA. Ay serrana, que es tan falso
tu pecho como tu lengua,
y para enviar en palabras
tus pensamientos á ella,
lo que crees y lo que dices
tu astuto corazon trueca.

¿Serrana tú? ¿tú villana?
aunque ese sayal que llevas
y esa toca te disfraza

en vano engañar me intentas.
 Que no hay serrana que arome
 con tal cuidado las trenzas
 que en agujas de oro prendes,
 y acaso con nacar peinas.
 Villana que en los arroyos
 se laba, y al sol espuesta
 y al aire libre ha pasado
 diez y nueve primaveras,
 no tiene tan transparentes
 las manos á torno hechas.

GISBERGA. Tened las torpes palabras
 que me indignan y avergüenzan,
 ó alguno tal vez que puede
 á la garganta os las vuelva.

GARCIA. ¿Quién, el jayan que allá dentro
 enciende la chimenea?
 ¿Con qué? ¿Tal vez con el látigo
 con que á los galgos encierra?

GISBERGA. ¡Caballero!

GARCIA. ¿Ó es el otro
 que de misterios se cerca,
 y aquí entre misterios pasa
 su misteriosa existencia,
 dando al necio vulgo pábulo
 para harto absurdas consejas?

GISBERGA. ¿Qué decís?

GARCIA. Lo cierto digo.
 Toda la comarca entera,
 ya de vosotros murmura
 y de vosotros se aleja.
 La misma corte, Pamplona
 ya en vosotros tiene puesta
 su atención, y aseguraros
 á mí me encarga la reina.

GISBERGA. ¡Cielos!

GARCIA. Ahora bien hermosa,
 mi valor y mi nobleza
 me han colocado en Navarra
 de la real familia cerca.
 Yo te amo, y yo solo puedo
 si no esquivas tal oferta

librarte de los peligros
que sobre vos se aglomeran.

GISBERGA. Idos señor caballero
y no os fatiguis la lengua
en promesas ni amenazas.

que quien las oye desprecia.

Decís que los que habitamos
esta marañada selva

damos al vulgo que hablar

y que temer á la reina;

pues bien, la reina y el vulgo

cuando les plazca que vengan,

y verán desvanecidas

tan injuriosas sospechas.

GARCIA. Mucho de tu causa fias;

mas ¿sabes que malas lenguas

por espías os delatan

de los moros?

GISBERGA. ¿Tal afrenta!

¿espías!

GARCIA. Tal lo murmuran;

y las nocturnas escenas

que dicen que en este valle

pasan, (que seran quimeras)

mas que ante el vulgo ignorante

que todo mal lo interpreta...

GISBERGA. ¿Qué!

GARCIA. De magos os acusan,

de quirománticas ciencias

profesores ó secuaces...

¿Qué se yo!

GISBERGA. Dios nos proteja;

¿espías y nigromantes!

GARCIA. Que son crímenes que llevan

á los unos á la horca,

y á los otros á la hoguera.

GISBERGA. Por Dios, señor caballero,

que patrañas tan groseras

los nobles y cortesanos

es imposible que crean:

GARCIA. Que aqui un espíritu habite

que impalpable se aparezca

bajo mil formas distintas
 ya en el llano ya en la vega;
 que aquí con otros espíritus,
 nocturnas rondas emprendan,
 y otras semejantes fábulas
 que cuenta la chusma crédula,
 no puede creerlo nadie
 que cinco sentidos tenga;
 mas ¿quién en vuestros encantos
 no creerá si á ver llega
 los poderosos hechizos
 que atesora tu belleza?
 ¿Qué mas filtro que tus ojos
 que filtran y que penetran
 los corazones mas duros
 que entre sus rayos se queman?

GISBERGA. Idos, caballero, idos;
 vuestro amor, vuestras ofertas
 ni puedo admitirlas yo,
 ni á poder, las admitiera.
 Idos por Dios caballero;
 que estoy temiendo que vuelva,
 quien puede de estas palabras
 pedirnos á entrambos cuentas.
 — Salid de aquí.

GARCIA. En vano trazas
 una inútil resistencia,
 un solo criado en casa
 tienes, y la casa cercan
 quienes de ese otro que dices
 sabrán defender las puertas.
 Mira.

(La hace mirar por la ventana y ver los monteros que rodean la casa.)

GISBERGA. ¡Gran Dios!

GARCIA. Y si viene
 le prenderán... con que piensa
 que tengo mucho poder,
 que traigo gente resuelta,
 que te amo, y que has de ser mía
 por voluntad ó por fuerza.

GISBERGA. ¡Cielos, quién es este mónstruo!

que así ultraja la inocencia
y los respetos más santos
tan sin pudor atropella!

¿No hay quien contra tí me ampare?

GARCIA.

No; no hay nadie; en vano esperas
que en el que fías te escuche
ni á darte socorro venga,
no; que aunque ese hombre no diese
cual da á la corte sospechas
con su misteriosa vida
por quererte la perdiera.

GISBERGA.

Primero habrás de matarme
que yo en seguirte consienta.

GARCIA.

Pues bien, sino vas amante,
te arrastraré prisionera.

(Va á volverse para salir, y por una de las puertas del fondo aparece don Ramiro.)

ESCENA III.

DON GARCÍA. DON RAMIRO. GISBERGA.

GISBERGA. ¡Ah!

GARCIA.

¡Santo Dios!

RAMIRO.

Buenas noches.

¡Hola! bien venido sea
el príncipe don García
á mi misera chozuela.

GISBERGA.

(¡El príncipe!)

GARCIA.

(Me conoces.)

RAMIRO.

Pero parece que os deja
mi llegada algo turbados.

¿Qué, os enoja mi presencia?

Vaya, perdonad por hoy,
no es justo que al raso duerma
teniendo casa... ¡mal rayo!

¡y ahora que zaracéa!

¿Mas qué mil diablos teneis?

¿Os habeis vuelto de piedra?

Ea, señor animaos,
que aunque no son mis riquezas
mas que de vasallo aun puedo

ofreceros cama y mesa.

(A Gisberga.)

Di á Juan que abrevie que el príncipe
pasó la jornada entera
cazando, y tendrá apetito:—
(y á presentarte no vuelvas.)

ESCENA IV.

DON GARCÍA. DON RAMIRO.

RAMIRO. ¿Y en qué pensais?

GARCÍA. ¿Por do entrásteis?

RAMIRO. ¿No lo vísteis? por la puerta.

¿Ó juzgais que sea brujo
que entro por las chimeneas?

Ya sé que el vulgo lo dice,
pero, ¿yo...? ¡vaya una idea! (Riéndose.)

GARCÍA. Acabemos de una vez,
voto á Dios... quién quier que seas...

RAMIRO. ¡Esta es mejor! ¿estais loco?

¡pues me gusta la manera
de pagarme el hospedage!

¡Bah, dejad la espada quieta,
y cenemos en sosiego

qué es lo que nos interesa.

GARCÍA. (No sé qué es lo que me pasa:

¡jamás vi tanta impudencia!)

RAMIRO. Con que ¿qué hay nuevo en la corte?

¿qué es lo que se sabe en ella
de don Sancho vuestro padre?

¿avanza mucho en la guerra
con los moros?

GARCÍA. Los navarros
siempre en las campañas llevan

lo mejor, y hombre es mi padre
ante quien calla la tierra.—

RAMIRO. Bien dicho, ¡viven los cielos!

(Sacan en un canastillo platos, manteles &c.)

pero aquí está ya la cena,

y pues que viene á propósito
vaciamos una botella,

con un brindis á don Sancho
y á su pronta y feliz vuelta.
(*Llena las copas y le ofrece una.*)
Tomad.

GARCIA.

Yo no bebo.

RAMIRO.

¡Cómo!

mirad que así las sospechas
corroborais de quien dice
que esperais con impaciencia
la muerte de vuestro padre
para heredarle la hacienda.

GARCIA.

¡Villano!

RAMIRO.

Bebed entonces,
y brindemos porque vuelva.

GARCIA.

No bebo nunca.

RAMIRO.

Esta es otra :

¿pues qué haceis en esas fiestas
y en esas orgías en que
pasais las noches enteras?

¡Bah! ¡bah! tomad esa copa
y sin recerlo bebedla,
que no es mano de traidor
señor, quien os la presenta.

GARCIA.

Hablemos de una vez claro,
que siento que mi paciencia
se va menguando, y escúchame.

RAMIRO.

Hablad.

GARCIA.

Quién quiera que seas,
ya hombre vulgar como todos,
ya ministro de esa ciencia
diabólica y misteriosa
que lo escondido penetra.

Si quiera fueres el mismo
espíritu de tinieblas,
hombre soy en cuyo pecho
ningun vil temor se alberga
que he nacido en régia cuna
y sangre de rey me alienta.—

Como he venido á esta casa
y á que no creo que deba
á tus ojos esconderse,
y esas ambíguas maneras

que usas conmigo intenciones
recónditas manifiestan.

Pues bien, de una vez declárate
que á mí nada me amedrenta
cuando en la ocasion me encuentro.

RAMIRO.

¡Bah! todo eso es bagatela,
aqui estais en vuestra casa,
aun que os roa la conciencia
al acordaros del modo
con que habeis entrado en ella.

Pero eso no os dé cuidado.

Si os pareció hermosa, Elena,

si á galantearle vinísteis,

si os rechazó esquivá ella;

todo eso es muy natural

y no sale de las reglas:

vos ignorábais que es de otro

y ella ignoraba quién érais.

Y en cuanto á esos temores

que parece que os inquietan,

sobre quién soy ó quién no

solo son vanas quimeras.

Confieso que hago una vida

montaraz en estas peñas,

y que á veces tengo antojos

tan raros y tan diversas

costumbres de las que suelen

los hijos de Adan y Eva,

que tiene razon el vulgo

cuando me hace en mil consejos

el héroe misterioso,

y el poder que las maneja.

Mas veo que estais inquieto

y que volveis con frecuencia

los ojos á esa ventana.

Ah, ya caigo, bajo de ella

habeis la gente apostado

para que os guarde la puerta.

Bien hecho, pero sí os place

mandaré que en mis pañeras

les alojen, que hace frio

y ningun peligro altera

- la comarca. Juan.
 (Saliendo.) Señor.
- JUAN. A esos que allá bajo esperan
 RAMIRO. hospedaje da y regálalos
 con todo cuanto apetezcan.
- GARCIA. (¡Cielo santo! ¿qué hombre es este?
 mas disimular es fuerza,
 pues tanto en si no podria
 fiar si solo estuviera.)
 Gracias, huesped, mas son muchos
 y os van á causar molestia...
- RAMIRO. Nada de eso.
- GARCIA. A mas ya es tarde
 y en esa vecina aldea
 nos esperan los caballos
 y monteros.
- RAMIRO. ¡Qué simpleza!
 ¿ir atravesar el valle
 con una noche como esta?
 No, no, aqui la pasareis,
 y mañana cuando vuelva
 el claro sol, todos juntos
 á la corte iremos. Ea,
 remitid pues los cumplidos
 y sentaos. Nada alegra
 ni entona mejor á un hombre,
 que un par de viandas recias
 y un par de sabrosos tragos
 de pura sangre de cepa.
- GARCIA. Sea; ¿por qué como huésped
 despreciar tales ofertas
 con mala cara? Escanciad
 y brindo á vuestra franqueza,
 y á los ojos de esa hermosa
 sea de vos lo que sea...
- RAMIRO. Sí, sí, bebamos en tanto
 que se pasa la tormenta,
 y con la copá en la mano
 la mañana nos sorprenda.
 Bebed, y el ceño severo
 desembozad.
- GARCIA. Sí por Dios,

- que veo huésped en vos
un bizarro compañero.
- RAMIRO. Dispuesto á cuanto gustéis,
sea de paz ó de guerra.
- GARCIA. Fama por toda esta tierra
de gran corazon tenéis.
Dicen que en estas montañas
no hay quien os resista un bote,
ni fiera á quien no acogote
vuestro puño.
- RAMIRO. ¡Bah! patrañas,
no niego que soy osado;
y cual veis recio y fornido,
jamás me he visto vencido
cuando á reñir me han sacado.
Però no habéis de ello vos.
¿ Con justador tan famoso
el jayan más vigoroso
qué tiene que ver?
- GARCIA. Por Dios,
que á ser como brabo noble
y príncipe cuál vasallo,
ginete en un buen caballo
y con buen lanzon de roble,
en cierta fiesta que espero
dar muy pronto, me holgaria
teneros de parte mía
como al mejor caballero.
- RAMIRO. Lo siento de corazon,
mas no es posible.
- GARCIA. Me pesa.
- RAMIRO. Me he metido en otra empresa
de más especulacion.
- GARCIA. ¿ De más? Ignorais la mía.
- RAMIRO. Yo nada ignoro, señor.
- GARCIA. Esto salvo.
- RAMIRO. Es un error
que padecéis, don García.
- GARCIA. Yo no creo á ningun hombre
con sobre humano poder,
y mal podeis vos saber
lo aquí aun...

RAMIRO.

No os asombre ;
bien sé que con tanta maña
conducis vuestros secretos ,
que aun los que estan mas sujetos
en la red de su maraña
su parte saben no mas ;
y aun que á soltarse llegara
cualquier nudo no soltara
el nudo de los demas.

Y está bien ; pues de este modo
contais seguro vivir.

Mas ¿ no hais oido decir
que el diablo lo sabe todo ?

GARCIA.

Voto á...

RAMIRO.

Bah, no os enojeis
si en vuestro secreto os hablo,
es porque al cabo del diablo
ocultarlo no podeis.

Parece que esto que os digo
algo en vuestro ánimo influye,
mas el vulgo me atribuye
cierto prestigio... ¡ay amigo!
el diablo es gran personaje ;
y en todas artes maestro
no hay humano que en lo diestro
ni en lo sabio le aventaje.

Mas ya es hora de dormir,
en lo dicho meditad,
y consecuencia sacad
de aqui para el porvenir.

En esta alcoba teneis
blandá cama ; si quereis ,
dadme hora en que se os dispierte
para partir á Pamplona.

GARCIA.

Enviadme á Lucas de Arjona,
y yo haré con el de suerte
que sin que se os incomode
yo esté servido, y mi gente
esté á hora competente
pronto á lo que me acomode.

RAMIRO.

Voy á enviárosle, señor.
Dios os guarde.

GARCIA.

Él os asista.

RAMIRO.

(No te perderé de vista.)

GARCIA.

(No te escaparás, traidor.)

ESCENA V.

DON GARCÍA.

¿Quién es este hombre, gran Dios?

¿Será cierto que penetre
mis ocultos pensamientos?

imposible: finge, miente.

Mis secretos han vivido
dentro de mi pecho siempre,
y nadie hay que por mi boca
sepa mas de lo que debe.Mas por Dios, que sus misterios
ciego y confuso me tienen,
y sus palabras me abisman
en mil varios pareceres.Que me conoce está claro,
que me respeta parece,
mas tanto en sí mismo fia
que no sé de él lo que piense.No, imposible; nada sabe
sospechas tal vez tan débiles
serán, que de conjeturas
no han de pasar... y me advierte
que sabe mucho... me cita
la destreza con que siempre
me conduzco... ¡eh! frase ambigua
con que sondarme pretende.¡Bah! cree sin duda que yo
al vulgo crédito preste
y por el diablo le tome.

¡Mas, juro á Dios que le pese!

Ay de él como entre mis manos
á dar por fortuna llegue,
todo su infierno y sus magias
contra mí no han de valerle.Sí, fuerza es de todos modos
de tal hombre desacerse,

si ignora por lo que intenta,
 si sabe por lo que puede.
 ; Mas tarda Arjona...! Si acaso
 no me le envia... ; ah! ya viene.

ESCENA VI.

DON GARCÍA. LUCAS DE ARJONA.

GARCÍA. ¿Qué es esto, Arjona?

ARJONA. ¿Qué es esto,
 señor?

GARCÍA. Lo ignoro á estas horas.

ARJONA. Y yo tambien.

GARCÍA. Ese huésped

con tanta doblez se porta,
 que aun me mantiene indeciso
 entre el temor y la cólera.

¿Y mis monteros?

ARJONA. Lo mismo

que vos. Han pasado cosas
 allá bajo, que del vulgo
 las hablillas corroboran.

GARCÍA. ¿Cómo...? ; qué dices!

ARJONA. Que el diablo

parece que cartas toma
 en el juego de esta noche.

GARCÍA. ¿Pues qué pasa?

ARJONA. Es una historia.

GARCÍA. Habla, sepámosla pronto

y evitemos...

ARJONA. Ante todas

cosas, señor, es preciso

que sepais, que con faz torba

cuando hácia aqui me condujo

el huésped, me dijo: Arjona,

si en algo estimas tu vida,

dile á tu amo que en todas

las paredes de esta casa

ojos, oidos y bocas

hay, que vén, oyen y cuentan

lo que entre ellas pasa.

GARCÍA. ;Hola!

pues en cuenta lo tendremos.
 Lucas, por si acaso, ronda
 por esos cuartos vecinos,
 en todas las puertas dobla
 los pasadores; en esa
 antesala las dos ojas
 cierra de la puerta, mientras
 ya voy á ver si en esta otra
 hay salida ó escondite,
 y luego se hará en la alcoba
 igual registro, veamos.

(Don Garcia y Arjona entran y salen, don Garcia por la derecha, y Arjona por el fondo.)

ARJONA. Aquí hay una puerta sola
 sin mas ventana ni almario
 ni trasto que se interponga:
 la pared lisa y no mas.

GARCIA. Lo mismo pasa en esta otra
 cámara: ni en esta alcoba

(La del fondo derecha.)
 tampoco hay nada, habla pues,
 ya estamos Lucas, á solas.
 Y cercado este aposento
 de cámaras espaciosas

y solitarias, no hay miedo,
 con que siéntate, y di Arjona.

ARJONA. Pues atendedme, señor:
 tenia yo con mi tropa
 toda esta casa maldita
 circundada á la redonda,
 cuando salió de ella un hombre
 y enderezó á mi persona;
 díjome que vos pasábais
 la noche aquí: en una copa
 como un pilon de una fuente
 nos hizo hechar una ronda.
 Despues nos condujo él mismo
 á una casucha á esta próxima,
 diciendo que allí tendríamos
 que cenar con vuestras sobras,
 pues tal era vuestra orden:
 ¡Cuerpo de tal! de mi propia

GARCIA.

boca debiste venir
á tomarla.

ARJONA.

Esa fué cosa
que me ocurrió, mas no pude
ponerla señor por obra.
Me sentaron á la mesa,
trageron con que hacer boca,
y el que hacía de Anfitrión
no me dejó á sol ni á sombra.

Yo ya intenté á la desecha
colarme por una y otra
cámara, mas él siguióme
como sirviéndome. Sorda
desde entonces la sospecha
me royó el alma. Así toda
la casa andubimos ambos
y á nadie topé:—una holla
de agua al fuego vi no mas
en la cocina, y seis lonjas
de javalí en las parrillas
; para cuarenta! ; gran cosa!
; Mas juzgad de mi sorpresa
cuando vi que una tras otra
sirvieron ricas viandas
y buen vino en tazas hondas!

GARCIA.

Es que tendrán las cocinas
en otra parte.

ARJONA.

Es que ahora
viene lo mejor. La mesa
nos la servía una moza
como un sol.

GARCIA.

; Pues gran pedrada!

ARJONA.

Mas como las licenciosas
lenguas de vuestros monteros
al momento se desbocan,
empezaron á hacerse agua
con la niña.

GARCIA.

; Y vergonzosa
se os escabulló?

ARJONA.

Y aqui entra
lo mas negro de la historia.
En su lugar á servirnos

GARCIA:

entró bajo horrible forma...
¿Alguna vieja?

ARJONA.

Peor:

el mismo diablo en persona:
un Etiope, con la cara
mas oscura que la sombra.

Quedámonos como piedras,
pues nos trajo á la memoria
las consejas que se cuentan

de esta casa: mas Luis Torras
que tiene un vino insolente,
y un alma como hay muy pocas,
le preguntó por la chica.

El Etiope, á la boca
se llevó la luz, y abriéndola
nos mostró las fauces rojas
mas sin lengua. — En esto el huesped
entró, y héme aquí.

GARCIA.

Me asombra

tu relato tanto mas
cuanto que aquí he visto cosas
que me dan que sospechar
alguna traicion, Arjona.

ARJONA.

¿Cómo!

GARCIA.

Al instante es preciso
que de esta casa salgamos,
y á sus dueños sorprendamos

ARJONA.

Mas sin que demos aviso
á la gente...

GARCIA.

¿Es muy distante
donde se aloja?

ARJONA.

Si fuera
posible que yo saliera
de aquí, todo era un instante.
Estan en unas paneras
á este edificio contiguas.

GARCIA.

Bueno: á tus mañas antiguas
vuelve ¿escalador no eres?

ARJONA.

Me llevaba en su partida
vuestro padre en los asaltos.

GARCIA.

Ea pues, mayores saltos
habrás dado en esta vida.

- GARCIA. Salta por esa ventana.
 ARJONA. Pero, señor, ¿y la reja?
 GARCIA. Es de palo, y está vieja. *(La rompe.)*
 Ya está rota, tierra gauda
 en cuanto afirmes el pie,
 y ven con mi gente á mí.
 ARJONA. Pero ¿y vos?
 GARCIA. Tranquilo aquí
 vuestra vuelta aguardaré.
 Que es muy astuto el patron,
 y es fuerza que le imitemos
 si salir bien pretendemos.
 ARJONA. Príncipe, tenéis razon.
 GARCIA. Si vuelves, los mas bizarros
 mete por aquí conmigo,
 queden los demas contigo,
 y Cristo con los navarros.
 ARJONA. Voy pues.

(Baja por la ventana, don García le ayuda.)

- GARCIA. Arjona, con tiento
(Aparece don Ramiro por el fondo, derecha.)
 ARJONA. Soltadme; ya estoy seguro.
 GARCIA. Vé, que con el buesped juro
 que he de hacer un escarmiento.

ESCENA VII.

DON GARCÍA. DON RAMIRO.

- RAMIRO. Decidlo bajo.
 GARCIA. ¡Gran Dios!
 ¿Vos aquí?
 RAMIRO. Viéndolo estais.
 GARCIA. Mas ¿cómo? ¿por dónde entráis?
 RAMIRO. Por dónde no es para vos.
 Tratais de iros don García,
 en buen hora, libre os dejo,
 mas escuchadme un consejo
 que os interesa á fé mia.
 Hay un hombre que os espía,
 que sabe cuanto intentais,
 que os escucha cuando hablais,

- que cuanto pensais sorprende;
 que os penetra y os comprende
 aun lo que á solas soñais.
 Mirad pues lo que emprendeis,
 porque si no andais con tino
 en vuestro mismo camino
 es fuerza que os le encontréis.
 Ya sé que á nadie teméis,
 que alienta sangre real
 vuestro valor proverbial;
 mas mirad que hay esperiencia
 de que es la mala conciencia
 el contrario mas fatal.
- GARCIA. Pues conoces mi valor
 y estás viendo que te escucho
 verás que no temo mucho
 tu vaticinio impostor.
 No, no me infunden pavor
 las estrañas aventuras
 de que con artes oscuras
 me has hecho el juguete aqui,
 pues cuanto sepas de mí
 no serán mas que imposturas.
- RAMIRO. ¿Queréis que hora á hora os cuente
 cuanto hoy por vos ha pasado?
- GARCIA. ¡Va!
- RAMIRO. Pues bien: ¿no habeis estado
 hoy en la ermita del puente?
- GARCIA. Sí.
- RAMIRO. ¿No habeis á vuestra gente
 puesto y dia señalado?
- GARCIA. Sí.
- RAMIRO. ¿No enviásteis á cada uno
 un emisario diverso
 para que en un caso adverso
 no lo pierda todo alguno?
- GARCIA. Sí.
- RAMIRO. ¿No es la última señal
 para que rompan la balla
 el caballo de batalla,
 y el paramento real
 de vuestro padre?

GARCIA.
RAMIRO.

¡Ah!
Si en él
salís jinete á pasearos,
¿al volver no han de aclamaros
rey de Navarra?

GARCIA.
RAMIRO.

Sí.
Y fiel
vuestro bando á estas señales,
¿no estará en tranquilidad*
si salís por la ciudad
sin los paramentos reales?

GARCIA.
RAMIRO.

Sí.
Y la reina vuestra madre
que es quien os estorba solo,
¿no acaba de ser con dolo
acusada á vuestro padre?

GARCIA.
RAMIRO.

¡Cielos!
¿De un crimen horrible,
de adulterio?

GARCIA.
RAMIRO.

¡Santo Dios!
Y el acusador sois vos...
que me parece increíble.

GARCIA.
RAMIRO.

Sí, todo es cierto.
¿Par diez!

en ese caso, señor,
estudad para otra vez
vuestro papel de traidor.

GARCIA.

Pesadilla, espectro, ú hombre
que mis secretos mas graves
cual yo mismo lees y sabes...

RAMIRO.

¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?
Confesais que cuanto os hablo
es la verdad don García.

GARCIA.
RAMIRO.

Sí.
Pues soy desde este dia
vuestro angel ó vuestro diablo.

GARCIA.

(Do quiera tras vos iré,
uniré á vos mi destino,
vuestro malo ó buen camino

GARCIA.

diablo ó angel seguiré.)
¿El diablo! invencion grosera,
que solo en el vulgo cabe;

mas oye, quien tanto sabe,
fuerza es que me mate ó muera.

Nadie me amedrenta, no;
puédeme el diablo vender
y aqui el diablo ha de caer
ó aqui bajo él caeré yo.

RAMIRO.

Tened: caerá uno sí,
mas advertid, don García,
que ni hoy ha de ser el día,
ni el sitio ha de ser aqui.
Por esa noble matrona,
tiempo vendrá en que lidiemos,
y uno de los dos caeremos.

GARCIA. Cúbrete pues. *(Con la espada en la mano.)*

RAMIRO.

No, en Pamplona.

(Don Ramiro al fin de esta escena se habrá ido retirando al fondo hácia la puerta por donde salió, la cual cierra de repente, dejando á don García solo en la escena. Al mismo tiempo sale por fuera de la casa Arjona con monteros y caballerizos, con armas y antorchas. Don García se abalanza á la puerta por donde entró don Ramiro, y Arjona sube al mismo tiempo por la ventana, y varios tras él.)

ESCENA VIII.

DOM GARCÍA. ARJONA. MONTEROS.

ARJONA.

(Entrando por la ventana.)

Señor.

GARCIA.

A mí, Arjona, á mí.

ARJONA.

¡Sús pues! arriba.

GARCIA.

Seguro

le tengo aqui, y yo le juro

que le he de matar aqui.

ARJONA.

Dad... dad...

(Se agolpan á la puerta golpeándola.)

Cede... Cayó ya.

GARCIA.

Traedme pues á ese traidor.

ARJONA.

Aqui no hay nadie, señor, *(Entrá y sale.)*

GARCIA.

¡Cómo!

ARJONA.

Vedlo, aqui no está.

GARCIA. ¡Ira de Dios! ¡Con tal juego
pretende causarme asombros!

Toda la casa en escombros
tornaré.— Pegadla fuego.

ARJONA. ¡Señor!

GARCIA. Silencio, menguados:

esas teas, arrimadla
sin replicar; incendiadla
por todos cuatro costados.

Fuera pues: pronto. Cercadle
la casa; si se presenta
atadle por buena cuenta,
mas si resiste, matadle.

(Pegan fuego á la casa, salen y la cercan en derredor.)

Veremos si trampantojos
le valen: ó ha de salir

ó aqui dentro va á morir
con las ascuas á los ojos.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

Jornada segunda.

Salon del palacio de don Sancho en Pamplona, puerta en el fondo; ventana á la derecha, puerta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA, despues ARJONA.

GARCÍA. Ya va la mañana entrando
y aun no parece ese hombre.

ARJONA. Señor...

GARCÍA. ¡ Ah! gracias á Dios.
¿Cómo estamos?

ARJONA. Como anoche.

Desplomáronse uno á uno
los tostados paredones.

GARCÍA. ¿Y qué?

ARJONA. Nadie ha parecido;
con que quedan los traidores
debajo de los escombros
como bajo siete montes.

GARCÍA. ¿No hay pues temor?

ARJONA. No hay ninguno.

GARCÍA. ¡Ay! una losa de bronce
me quitas del corazon:
somos salvos.

ARJONA. Se supone.

Nadie salió de las llamas,
ya lo visteis; desde entonces
doblé las guardias en torno,

- y ahora los muertos tizones
 revuelve la gente nuestra
 de Luis Torras á las órdenes.
 Todo lo estan registrando,
 y con todo cuanto logren
 les mandé venir al punto.
 Bien, Lucas.
 ¡Vaya una noche!
 cosa de magia parece.
 ¡Si vierais cuántos sudores
 me costó hacerlos que entraran
 á revolver los carbones!
 Todavía se temian
 que aquel espantoso Etiope
 de los escombros se alzara
 con su amo dando mandobles.
 ¡Mas si se salvó!
 Imposible.
 La casa encima cayóle,
 y él viéndose descubierto,
 allí achicharrar dejóse
 por no dar en nuestras manos.
 ¡Ojalá!
 Dios le perdone.
 ¡Mas tanto ese hombre estorbaba?
 Era muralla de bronce
 puesta á mi paso: mis planes
 exactamente conoce.
 ¡Cómo!
 Todos me los dijo.
 Si él era solo, temores
 vanos desechad del alma,
 y no recleis que torne.
 Allí yacerá enterrado
 entre los negros terrones,
 como un raposo á quien ciegan
 su cueva los cazadores.
 Arjona, todo lo temo
 de aquel maldito.
 Aprensiones,
 señor; los muertos no vuelven
 al mundo mas.

GARCIA.

Me corroen

el corazon hasta ahora
desconocidos pavores,
y... Arjona, ya no hay remedio;
fuerza es que hoy mismo se logre
ó se pierda todo. Tu
sé el escondido resorte
que mueva toda la máquina
de mis proyectos. Vé, corre,
busca á los que en ese escrito
llevan marcados los nombres,
que estos buscarán á otros,
y estos á otros, y el golpe
será seguro; vé y diles
que treguas ni dilaciones
no hay ya: que hoy es nuestro día,
y ya la seña conocen.
El caballo de batalla
de mi padre.

ARJONA.

¿Y si se opone

don Pedro Sesé?

GARCIA.

¡Oponerse!

ARJONA.

Como está solo á sus órdenes
la caballeriza real,
y al partir recomendóle
mucho el rey ese caballo,
es muy facil que os lo estorbe.
Cambiad la seña.

GARCIA.

No hay tiempo.

Ya imposible es que trastorne
de la concertada empresa
las señales ni las voces:
fuera arriesgarse por poco,
y pueden algunos torpes...
no, estan en lo del caballo,
y temo que se malogre
si los mudo la señal.

ARJONA.

Mas si ese viejo de bronce
os rehusa...

GARCIA.

Está previsto:

de mi padre espero orden
de prenderle con la reina.

ARJONA. ¿Cómo!
GARCIA. De un crimen enorme
son reos.

ARJONA. ¿Pero eso es cierto?
GARCIA. Eso no te corresponde
averiguar: abedéceme
sin meterte en mas cuestiones.

ARJONA. Señor...
GARCIA. Si Sesé se obstina,
sin aguardar á la orden
de mi padre los acuso
en público, y acabóse.

ARJONA. Ea pues, de aqui á una hora
que todo, Arjona, se apronte.
Asi se hará.

ARJONA. Asi se hará.
GARCIA. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ARJONA. Asi se hará.
GARCIA. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ARJONA. Asi se hará.
GARCIA. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ARJONA. Asi se hará.
GARCIA. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ARJONA. Asi se hará.
GARCIA. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ARJONA. Asi se hará.
GARCIA. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ARJONA. Asi se hará.
GARCIA. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ARJONA. Asi se hará.
GARCIA. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ARJONA. Asi se hará.
GARCIA. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ARJONA. Asi se hará.
GARCIA. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ARJONA. Asi se hará.
GARCIA. Corre pues,
¡y el diablo con los mejores!

ESCENA II.

DON GARCÍA.

Sí, acabemos de una vez.

Ello es gran temeridad,

mas quedarse en la mitad

es mayor estupidez.

Ser á un tiempo acriminado

de rebelde y de impostor

por haberlo sin valor

decidido y no logrado,

es mengua para quien soy.

Si me es contraria la suerte,

y en vez del trono á la muerte

caminando á oscuras voy,

sea por mala fortuna,

que no por falta de brio.

Mas si al fin el triunfo es mio

y la ocasion oportuna

logro aprovechar, ¡pardiez!

siempre es la causa mejor

la causa del vencedor...

Sí, acabemos de una vez.

ESCENA III.

DON GARCÍA. DON PEDRO SESÉ.

- PEDRO. ¡Hola, vos aquí ya!
- GARC. Buen caballero,
don Pedro de Sesé, muy bien venido.
- PEDRO. Anoche...
- GARC. (*Interrumpiéndole.*)
Sí, cogíome el aguacero
en el monte.
- PEDRO. ¿Y en dónde habeis dormido?
- GARC. En casa de un labriego.
- PEDRO. ¿Compensado
tal molestia le habeis?
- GARC. ¡Oh! se supone.
- PEDRO. Vuestro padre es en eso...
- GARC. (*Interrumpiéndole.*) Harto estremado.
- PEDRO. Bueno es que á un rey lo liberal le abone:
vale mas por afable ser querido
que por severo y sin piedad temido.
- GARC. Y á propósito de ello, ¿qué noticias
hay de mi padre?
- PEDRO. Como siempre, buenas:
las estrellas le son siempre propicias,
y se lleva las huestes agarenas
por delante.
- GARC. ¿Y no hay mas?
- PEDRO. ¿Poco os parece?
- GARC. Yo no sé dónde oí...
- PEDRO. ¿Qué?
- GARC. Que en los reales
de dia en dia el descontento crece
por yo no sé qué nuevas...
- PEDRO. Muy fatales
no serán, pues vencemos.
- GARC. De esta tierra
el rey las recibió, no de su guerra.
- PEDRO. De esta tierra ¿no sé...?
- GARC. Lenguas villanas
le pusieron acaso descontento
con vuestro gobernar.

PEDRO. Calumnias vanas.

La reina y yo podremos al momento
cuentas sin tacha dar.

GARC. ¿Cuentas... de todo?

PEDRO. De todo, vive Dios; ¿quién tiene duda?

Soy don Pedro Sesé...

GARC. Mas de ese modo
no os irriteis, que esa ira al vulgo ayuda
á creer, que pues tanto os acalora
la duda nada mas, poco os escuda
la inocencia.

PEDRO. Lo sé.

GARC. Y decidme ahora,
¿cómo acudís tan pronto á este palacio?

PEDRO. Despacha aqui la reina mi señora.

GARC. ¡Oh! ¿pues no lo tomáis poco despacio!

PEDRO. Caballero, ese tono...

GARC. Caballero,
el vuestro me incomoda, y de hoy presente
tened que soy el príncipe.

PEDRO. Primero
vos recordad que vuestro padre ausente
su real autoridad dejó en mi mano.

GARC. Mas no os dejé, ¿pardiez! por ayo mío,
ni sufriré jamas que un cortesano
con orgullo me trate ó con desvío.

¿Lo entendeis? del gobierno los negocios
despachad con la reina si esto os toca;
placer buscadla, entretened sus ocios,
mas, Sesé, en cuanto á mí cosed la boca.

PEDRO. No os comprendo muy bien: mas temo acaso
que una sospecha injusta en contra mia
os anima. Si he dado algun mal paso
que marcárais en qué desearía.
Tal vez remedio tenga.

GARC. Basta.

PEDRO. Espero

que pues nunca cual hoy me habeis hablado,
sabreis...

GARC. Ya basta, digo, caballero;
no estoy á daros cuentas obligado.

ESCENA IV.

DICHOS. LA REINA. PAGES Y DAMAS.

- REINA. ¿Qué es esto, don García? Ese sonrojo, Sesé, que el rostro trémulo os colora. ¿Qué es esto? ¿os ha causado algun enojo el príncipe?
- PEDRO. ¡A mi enojo! No señora; antes mi indiscrecion se le ha causado, y de mi error disculpas le pedia.
- REINA. De ese modo lleváisle perdonado; yo os le otorgo, Sesé, por don García.
- GARC. ¡Oh! si vos lo tomais por vuestra cuenta, dad por zanjada ya nuestra rencilla.
- REINA. ¿Qué importa si el vasallo se acrecienta con vuestro real favor...? si á mi me humilla es desfavor de madre y no me afrenta.
- REINA. Mal lo entiendes, García: si al olvido la falta quiero dar del caballero, yo el perdon no lo otorgo, te le pido. En ausencia del rey que haya no quiero bando ni enemistad bajo su trono; si te faltó, su falta le perdona, que don Pedro es leal y yo le abono.
- GARC. ¿Lo oís? La reina contra mí le abona. No hablemos de ello mas.
- REINA. ¿Qué significan, príncipe, esas palabras? Me parece que contra vos tan solo testifican.
- GARC. Perdonad; basta ya, que no merece la cuestion tanto tiempo.
- REINA. Bien, García, no se hable en ello mas. Ahora sepamos qué negocio á mi cuarto te traía.
- GARC. Poca cosa, señora...
- PEDRO. Si estorbamos...
- GARC. No, lo podeis oír: es un servicio que á hacer voy á mi padre, pero siendo en mengua de quien debe tal oficio desempeñar, que lo sepais pretendo antes de hacerle.

- REINA. Tu respeto aprecio.
Habla.
- GARC. Cuando mi padre fué á la guerra,
un caballo dejó de tanto precio,
que no se vió mejor en esta tierra.
- REINA. Regalo fué del cordovés aliado.
- GARC. Pues bien, ese caballo tan hermoso,
y de mi padre el rey tan estimado,
va á perderse tal vez: fiero, brioso,
siempre establado está, y de dia en dia
va menguando en valor.
- PEDRO. ¡Oh! perdonadme:
ese hermoso caballo, don García...
- GARC. Estoy hablando, concluir dejadme.
Del rey caballero mas en cuenta
le debisteis tener; mas tal descuido
quiero encubriros yo.
- PEDRO. (*Aparte.*) (¿Qué es lo que intenta?)
- GARC. Señora, ese caballo yo os le pido.
- PEDRO. Señora, ese caballo á don García
es imposible dar. Si el rey su padre
lo llegara á entender se enojaría.
Como estima sabeis, cuanto cuidado
pone en caballos y armas un guerrero,
y en esto el rey don Sancho es estremado.
- GARC. Por la misma razon, buen caballero,
cuando sepa que tanto se le cuida
las gracias me dará: con que señora,
que me negueis no espero lo que os pido.
A nadie en ello espongo,
porque de gran ginete alcanzo nombre,
y aunque mi padre el rey ha prohibido
que le montara nadie, yo supongo
que hablar con don García no ha querido.
- PEDRO. Señora, es mi deber, y yo os lo adviertó:
vedado es para todos tal antojo,
y el caballo está sano.
- GARC. Falso.
- PEDRO. Cierto.
- REINA. Perdonad que os desmienta.
- GARC. ¡Tal arrojó!
- ¿me desmentís! ¡por Dios, reina y señora,

que para que aboneis tanta insolencia
no sé qué traza intentareis ahora.

Por que poneros aun en contra mio,

querrá decir que vale un cortesano

mucho mas para vos que don Garcia,

y en tal caso tal vez me acordaría

que heredero soy de un soberano,

PEDRO. ¡Príncipe!

REINA. Basta ya, cuestion tan leve

no merece ocuparnos. De el caballo

responderé yo al rey: peligro no hallo

en que mientras el principe le lleve.

PEDRO. Yo me someto humilde á vuestro fallo.

GARC. Yo las gracias os doy: y pues ya es mio,

que me le ensillen sin tardanza alguna

voy á hacer en señal de señorio.

(Y ahora cada cual con su fortuna.)

ESCENA V.

LA REINA, DON PEDRO SESÉ.

REINA. Despedad el ceño adusto

buen caballero Sesé.

PEDRO. No sé, señora, por qué

siento que le deis tal gusto.

REINA. El rey á vos le ha pospuesto

para el gobierno en su ausencia,

y temí la violencia

de su natural en esto.

¿Y qué importa que el corcel

monte, y que cumpla su antojo?

¿Temeis de Sancho el enojo?

Yo os disculparé con él.

PEDRO. No es ese temor pequeño

lo que me anubla el semblante;

el servidor mas constante

fuf siempre del rey mi dueño,

y él me sabrá disculpar.

Mas esa zedob y embozo

con que está obrando ese mozo

me da mucho que pensar.

REINA. Es claro que anda ofendido
de que el rey en mengua suya
en su puesto os sustituya.

PEDRO. Pues razon habrá tenido.
Que es don Sancho harto sagaz,
y en paz lo mismo que en guerra
para gobernar su tierra
no hay príncipe mas capaz.

REINA. Mas ¿qué hará con el caballo?
Todo lo que puede hacer
es maltratarle por ver
si os castiga el rey. Dejallo
don Pedro andar, que por esto
mientras por medio yo ande
no ha de ser el mal muy grande
para vos.

PEDRO. Mas si es pretesto
para que él...

REINA. Quédese aquí
Sesé.

ESCENA VI.

DICHOS. UN PAJE.

PEDRO. ¿Qué es?

PAJE. Señor, afuera
hay un hombre que hora espera
de ver á la reina.

REINA. ¿A mí?

PAJE. Diz que para un grave asunto
que vida y honra interesa,
y es negocio de tal priesa
que pide veros al punto.

PEDRO. ¿Y de qué clase es ese hombre?

PAJE. El viste de peregrino,
yo le pregunté su nombre,
y él me dió este pergamino.

(Se le entrega á don Pedro, y este lee.)

REINA. A ver, leed.

PEDRO. Dice así:

«Nos el rey don Sancho de Navarra rogamos y man-

damos á nuestros amigos, aliados súbditos y vasallos, que ayuden, amparen y protejan, y den crédito á la persona que este escrito de nuestra mano les presentáre: con lo cual á mas del placer que habrán de reportarnos, nos ayudarán á cumplir una deuda de honor que tenemos contraida, con la persona ó personas poseedoras de las presentes letras.

y firma Sancho el mayor.

REINA. ¿Deuda del rey y de honor?
al punto pues que entre aquí.

ESCENA VII.

LA REINA. DON PEDRO. DON RAMIRO, de peregrino.

RAMIRO. A vuestros pies...

REINA. Levantaos,
buen Romero, que quien trae
firma del rey en su abono,
en postura semejante
no ha de estar ante su esposa.

RAMIRO. Esas palabras reales
de su mismo puño escritas,
mi importunidad reparen.

REINA. Él habla en vos, alzad pues.

RAMIRO. Primero que me levante
vuestra real mano, señora,
para que la bese dadme.

REINA. Tomad, y hablad.

RAMIRO. Gracias, reina,
y esta humildad no os estrañe
que nací vasallo vuestro,
y aunque jamás el semblante
logré hasta este punto veros,
de él he llevado una imagen
en el corazon gravada
y ya nunca ha de borrarse.

REINA. De ese respeto agradezco
demostraciones tan grandes,
pero...

RAMIRO. Escuchadme, señora,
y vos tambien escuchadme

- caballero, que á la par
os toca á ambos mi mensage.
PEDRO. Decidle pues.
RAMIRO. Duro cargo
me impuse en él, y es probable
que el corazon generoso
mis palabras os desgarran,
mas el mal que voy á haceros
por la intencion disculpadme.
Teneis un hijo, señora,
por cuyas venas la sangre
de vuestras venas circula.
REINA. Tengo dos.
RAMIRO. Uno distante
de Navarra está, no es ese
de quien hablo; no es culpable.
Al príncipe don García
me refiero cuyos planes,
hondo y fatal precipicio
hoy á vuestras plantas abren.
REINA. ¿Qué es lo que dices?
RAMIRO. Oidme.
REINA. Expílicate, pero antes
piensa bien que una impostura
la vida puede costarte.
PEDRO. Proseguid, buen Peregrino,
dejad señora que hable.
RAMIRO. ¡Oh! sé muy bien lo que digo.
¡Pluguiera á Dios me engañase!
Yo, que en los vecinos montes
hago una vida salvaje,
entre sus quebradas peñas
y sus fieras montaraces
por azar, por suerte vuestra,
ó por los impenetrables
juicios de Dios, vine astuto
de sus tramas infernales
á coger todos los hilos,
y vengo todos á dárosles
antes que os teja con ellos
traidora red un infame.
REINA. ¡Oh! conclud.

- RAMIRO.** Don García
conspira contra su padre.
- REINA.** ¡Cielos!
- RAMIRO.** Y como su intento
ambos á dos le estorbábais
dió en un delito mas pérfido;
os acusó el miserable
de un feo crimen.
- REINA Y PEDRO.** ¿De cuál?
- RAMIRO.** Permitidme que lo calle.
- REINA.** No, hablad.
- RAMIRO.** Del que no perdona
jamás un esposo amante,
del que asesina la honra
de quien con vergüenza nace.
- PEDRO.** ¡Dios mío! ya me esperaba
que algún proyecto execrable
encerraba la sonrisa,
y la mirada insultante
de ese mancebo.
- REINA.** Tú mientes.
Tamaño crimen no cabe
en el corazón de un hijo.
Que á ese vasallo acusase
de cualquier crimen lo entiendo,
porque en su lugar su padre
por gobernador conmigo
le dejó, y sé que ha de odiarle;
pero ¿á mí? mientes mil veces.
- PEDRO.** ¡Ay, reina, el estrago que hace
en el corazón del hombre
la ambición solo lo sabe
Dios, que nos le hizo de tierra
tan quebradiza y tan frágil!
- REINA.** Es imposible, don Pedro,
es increíble improbable,
y este impostor dura muerte
merece. Hola, guardias, pajes.
- PEDRO.** Tened, señora, tened
los ímpetus naturales
del corazón. Vos seguid
Romero, sin que os agrabie

ni atemoricen sus iras.

Es natural, es su madre.

RAMIRO.

A mí sus iras no pueden

REINA.

amedrentar ni agraviarme,

cuando no hay tales secretos

quien sepa ni quien relate

fuera del príncipe y yo,

RAMIRO.

ni hay tal vez tampoco nadie

REINA.

mas pronto á morir por ella

cuando otras pruebas faltáren.

REINA.

Pues bien, pruebas convincentes

presenta pronto, al instante,

ó te hago aborcar de una almena

como á un impostor infame.

RAMIRO.

No hareis tal reina y señora

por dos razones.

REINA.

¿Por cuáles?

RAMIRO.

La primera, porque el rey

tal vez no os lo perdonase

jamas.

PEDRO.

¿Vive Dios!

RAMIRO.

La otra

es porque cuando yo os falte

faltarà quien os defienda

y os pesaria aunque tarde.

REINA.

Mas por Dios que sin mas pruebas

de delitos semejantes,

¿bajo qué crédito quierdes

que tu palabra me baste?

RAMIRO.

Basta y sobra el pergamino

que del rey don Sancho traje.

REINA.

Tienes razon, ¿cielo santo!

él manda aqui que te ampare

que te proteja y dé crédito.

RAMIRO.

¿Y su firma no es bastante?

REINA,

Sí, sí, cuando el rey te abona

razones tendrá muy graves.

RAMIRO.

¿Dou García está en palacio?

PEDRO.

¿Sí.

REINA.

En hora buena.

RAMIRO.

Pues ante vós llamadle

y decidle que el caballo

- de batalla de su padre
 habeis de matar primero,
 que que le monte dejarle.
- REINA. Romero, tú estás sin juicio.
- PEDRO. Dejadle hablar.
- RAMIRO. Por mi parte
 cumplí mi deber, señora,
 obrad como mas gustáreis,
 mas si le dais el caballo
 tal vez esta misma tarde
 vereis para vos trocadas
 vuestras cámaras en cárceles.
- REINA. ¡Qué dices!
- RAMIRO. Esa es la seña,
 y pues sobran desleales
 en todas las tierras siempre
 dispuestos á revelarse,
 el príncipe se ha sabido
 atraer por todas partes
 muchos secuaces que esperan
 medrar con sus novedades.
 Todo está ya prevenido,
 y si en el caballo sale
 fuerza, es que en él suba príncipe,
 mas rey de Navarra baje.
- REINA. Imposible me parece.
- PEDRO. Señora, por Dios, llamadle
 y procurad con palabras
 meditadas y sagaces
 leer lo cierto en su rostro,
 el corazon penetrarle.
 Todo es posible, señora,
 y en los hombres todo cabe.
- REINA. Sí, sí, que venga, que venga,
 mas sola con él dejadme:
 no quiero que alma viviente
 presencie lo que aqui pase.
- PEDRO. Pero si es cierto... si intenta...
- REINA. No: esperad á que yo os llame.
- RAMIRO. En horabuena, señora,
 mas no olvideis en tan grave
 situacion que tengo solo

de sus secretos la llave,
y que estoy pronto por vos
á verter toda mi sangre.

REINA. Y no olvides tú tampoco
que como inocente le halle,
en tí caerá la sentencia
del crimen que le imputaste.

RAMIRO. Ponedme de él frente á frente
que acepto, si él lo negare.

REINA. ¿Luego os conoce?

RAMIRO. Una vez
no mas me ha visto el semblante,
y oyó una vez mi palabra,
mas lo olvidará muy tarde.

ESCENA VIII.

DICHOS. PAJE. *Don Pedro ha salido ya de la escena.*

PAJE. El príncipe.

REINA. Ya no es tiempo
que salgais, va á veros.

RAMIRO. Facil
es esto de remediar
de sus ojos ocultadme.

REINA. Entrad aqui.

(Entra don Ramiro en la habitacion de la reina.)

RAMIRO. Sed prudente.

REINA. ¡Justicia de Dios, ampárame!

ESCENA IX.

LA REINA. DON GARCÍA.

GARCIA. ¿Qué es lo que ocurre señora,
que con tal prisa y afan
tras mí vuestros pajes van?

¿Qué pasa de nuevo ahora?

Un momento há me tuvísteis
con vos en este lugar,
¿y ahora me teneis que hablar?

¿por qué entonces no lo hicísteis?

- REINA. Porque entonces no sabia lo que ha llegado despues á mis oidos.
- GARCIA. ¿Y qué es?
- REINA. Lo sabrás.
- GARCIA. ¿Por vida mía será otro cuento del viejo Sesé! vasallo mas fiel no teneis: nada sin él podeis, ni sin su consejo. Sois con él barto benigna y le otorgais tal franqueza que á ser su privanza empieza de una doble dama indigna.
- REINA. ¿García!
- GARCIA. No os irriteis, madre: mas que haya un vasallo que se meta en si un caballo darme ó no darme debeis, y que pueda mas con vos que el hijo de vos nacido, ¡es cosa que me ha ofendido y que me estraña por Dios!
- REINA. Y ese insolente lenguaje me está ya haciendo García sospechar que no te hacia quien te acusó grande ultraje.
- GARCIA. Quién me acusó...pienso quién. Sesé sin duda...
- REINA. Él, ú otro.
- GARCIA. ¿De haberos pedido el potro?
- REINA. Pues.
- GARCIA. ¿Lo queria él tambien? Yo que vos se le daria, que entre él y yo él es primero.
- REINA. Dírasele al pregonero antes que á vos, don García.
- GARCIA. Lo que con vos puede veo; pero ya es mio señora, y á desmandármele ahora que no habrá quien osé creo.
- REINA. ¿Le has elejido tal vez (*Con ironia.*)

- por su nobleza y vigor
para algun campo de honor,
ó alguna liz de gran prez?
- GARCIA.** No sé qué misterio encierra
vuestro tono, mas me temo
que estamos en el extremo
de la paz ó de la guerra.
- REINA.** Eso depende de tí:
las frases que á salir van
de tu boca, esas serán
tu ley.
- GARCIA.** Pues oídlas.
- REINA.** Di.
- GARCIA.** Hombre soy ya, y soy tan hombre
que decir bien alto puedo
que en Navarra ha puesto miedo
de mi valor el renombre.
De un reino heredero soy
prenda de mi real linaje,
y me cansa tanto ultraje
como recibiendo estoy.
Mi padre el rey me desprecia,
de su sangre en desacato,
por un viejo mentecato
que de leal se le precia.
Y él, y vos, y todo el mundo
me faltais al descubierto;
pero de hoy mas, os lo advierto,
no quiero ser el segundo.
Me harta ya ver que el cariño
paternal, para mí escaso,
me desaira á cada paso
como mientras era niño.
(El príncipe) Y pues el cielo lo ha hecho,
y he nacido real infante,
madre de aquí en adelante
yo sostendré mi derecho.
Nadie ha de ir sobre mí
siendo yo el hijo del rey,
asi lo dice la ley
y yo he de exigirlo asi.
- REINA.** Pues mientras esté en mi mano

- del rey don Sancho el poder
vos tendreis que obedecer
mi capricho soberano.
- GARCIA. No os halague esa esperanza
que no hé de ser un pechero
que sirve de aventurero
á quien le compra su lanza.
No ; vive Dios ! ya á caballo
y empuñado el trance fiero
veremos quién és primero ;
veremos quién el vasallo.
- REINA. ; Insensato ! no tendrás
ni un corcel mientras yo viva
que en sus lomos te reciba,
y el de don Sancho jamas.
- GARCIA. No tanto por vuestra vida
blasonéis de brios, madre,
que solo el rey es mi padre,
y cuando cuentas os pida
del poder con que os dejó,
veremos qué cuentas dáis.
- REINA. Mas cumplidas que esperais
se las daré.
- GARCIA. Tal vez no.
- REINA. Basta, traidor, basta ya,
que la verdad sin rebozo
en tus ímpetus de mozo
revelando se me está.
- GARCIA. ; Señora !
- REINA. Traidor, responde
sin turbarte ni mentir:
¿ á dónde intentas hoy ir
con ese caballo ?
- GARCIA. ¿ A dónde ?
- REINA. ¿ y qué os importa ?
Tu cara
palidece: el corazon
García te hace traicion
y por la faz te declara.
Silencio, bien manifiesta
tu infamia veo.
- GARCIA. Acabemos

- de una vez.
- REINA. Acabaremos
si tienes una respuesta.
- ¿Qué visteis, villano, en mí
para osar torpe á mi honor?
- GARCIA. ¡Cielos!
- REINA. ¿Qué viste traidor
para mancillarme así?
- GARCIA. ¡Rayos del cielo! no mas
añadais... ¡Oh! me han vendido.
- Mas si creen que he sucumbido
se engañaron... no, jamas.
- Ya es tarde para ceder,
dijo bien quien tal os dijo,
sí, que á luchar madre é hijo
van, poder contra poder.
- REINA. Miente quien diga que tú eres
de la sangre de mis venas
nacido, miente; las hienas
no nacen de las mugeres.
- Rebelde y calumniador,
yo te ganaré la mano.
- GARCIA. Débil muger, será en vano
todo ese inútil furor.
- Ya hemos saltado la valla
ambos á dos, ya nos hemos
conocido, y no podemos
reusarnos la batalla.
- Veamos quien vencedor
sale de entambos ahora.
- (La reina va hácia la puerta para llamar á su gente
diciendo.)
- REINA. Veamos. ¡Ola!
- (El principe le ataja el paso, y corre el cerrojo á la
puerta.)
- GARCIA. Señora,
teneos.
- REINA. ¡Cómo, traidor!
- GARCIA. Ya no hay mas voz que la mia:
para vos de este momento
es prision vuestro aposento.
- El rey aqui es don Garcia.

- REINA. ; Miserable! ; presa yo?
 GARCIA. Presa por el rey, por mí.
 REINA. ; Tú rey de Navarra!
 GARCIA. Sf.
 RAMIRO. (*Presentándose.*) ; Rey? ; Bah! todavía no.

ESCENA X.

LA REINA. DON GARCÍA. DON RAMIRO.

- GARCIA. ; Ira de Dios; aquí tú!
 ; Todo lo comprendo ya!
 mas caro á costarte va
 tu farsa de belecubú.
 RAMIRO. ; Qué hará en mí vuestro furor?
 GARCIA. Velo pues.
 (*Bajando hácia don Ramiro, y abandonando la puerta.*)
 RAMIRO. (*A la reina.*) Abrid ahí.
 REINA. (*Abriendo.*)
 A mí, navarrós, á mí.
 Sujetad á ese traidor.
 (*Los caballeros sujetan á don García.*)

ESCENA XI.

LA REINA. DON GARCÍA. DON PEDRO. DON RAMIRO. CABALLEROS. PAGES.

- RAMIRO. Ya veis, la jugada es diestra:
 vos á mi casa habeis ido
 á quemarme, y yo he venido
 á prenderos en la vuestra.
 GARCIA. Hombre fatal cuya sombra
 va por do quier que voy yo:
 ; quién del fuego te libró?
 RAMIRO. Concibo lo que os asombra
 mi presencia, don García,
 mas ya os dije mi poder.
 GARCIA. ; Ay si llegas á caer
 en mis manos algún dia!
 RAMIRO. Vuestro corage presumo;
 mas ; qué os valdrá ese furor?

- de entre las manos señor
se va el diablo como el humo.
- LA REINA.** (Humillaos; no hay más medio; im-
pues mientras yo ande en la danza
no tenéis otra esperanza,
ni hallareis otro remedio.)
- GARCIA.** No creo en la omnipotencia
de que convencerme quieres,
mas sierpe astuta ¿quién eres?
- RAMIRO.** Soy...
- GARCIA.** ¿Quién? ¿quién?
- RAMIRO.** Vuestra conciencia:
Vuestra sombra, vuestro juez,
mientras sigais vuestro empeño;
pesadilla en vuestro sueño,
y vuestra muerte tal vez.
- PEDRO.** (Va á salir y la reina le detiene.)
- REINA.** Teneos: vos por quién fué
hoy Navarra libertada,
decid á quién obligada
quedo? ¿Quién sois?
- RAMIRO.** No lo sé.
- REINA.** Mirad que en palacio entrado
os habeis bajo un disfraz,
y quien oculta la faz
no muestra ser muy honrado.
- RAMIRO.** Aun quando fuera un bandido
quien tal beneficio os hace
bien señora os satisface
quien salvaros ha sabido.
- GARCIA.** (Si en vuestro palacio entrará
con el rostro descubierta
al dintel le hubieran muerto
para que á vos no llegara.)
Y en fin recordaros quiero,
en favor de mi persona,
que pues don Sancho me a bona
soy sin duda un caballero.
- REINA.** Teneis razon: é imagino
que en guardaros las tendreis,
mas si algo de mí quereis.
- RAMIRO.** Sí, volvedme el pergamino

REINA. Tomadle.
 RAMIRO. Y si en premio ahora
 de mi lealtad le firmáis...
 REINA. Si por cierto, ahí le lleváis.
 RAMIRO. Dios os lo premie, señora.
 REINA. Id en paz.
 RAMIRO. Y si algún día
 os hallais tan apretada
 que os haga falta una espada,
 acudid reina á la mia.
 Paso, caballeros.

REINA. Paso
 al que en nombre del rey va.
 CORTESANOS. ¡Le abona el rey!
 PEDRO. ¡Quién será!
 GARCIA. ¡Ay, Dios! mi desdicha acaso.

ESCENA XII.

DICHOS, ménos DON RAMIRO.

REINA. García, mientras envío
 á don Sancho esta noticia,
 en poder de la justicia
 quedareis.

GARCIA. Fué sino mio
 sucumbir, y aunque lo lloro,
 puesto que el vencido soy,
 en sufrir sereno estoy
 mi muerte, y á nadie imploro.
 Mas no olvidéis reina vos,
 que reos aparecemos

GARCIA. entrambos, y aun no sabemos
 quien triunfará de los dos.

REINA. Nada teme la inocencia.

(Ruido y tumulto dentro.)

REINA. Mas ¿qué rumor...?

GARCIA. (Si habrá acaso)

GARCIA. mi jente arriesgado el paso
 para salvar mi existencia!

(Se ve venir por el fondo un caballero armado, (Melendo) con gente armada.)

ESCENA XIII.

LA REINA. DON GARCÍA. DON PEDRO. PAGES. GUARDIAS. UN
 CABALLERO. (*Melendo.*)

REINA. ¿Quién tan sin miedo á la ley
 atropella así el palacio?

CAB. Señores haced espacio
 á la justicia del rey.

(*A la reina.*) Por don Sancho de Castilla,
 de Navarra y de León,
 daos, señora, á prision.

REINA. ¡Yo! ¡por el rey! ¡tal mancilla!

CAB. Reina, esta es mi obligación.
 Don Pedro Sesé, sed preso
 en nombre del rey.

PEDRO. ¡Yo! ¡Yo!

CAB. Vos.

Y en tanto que con mas seso
 se instruye vuestro proceso,
 gobernador por los dos
 nombra el rey á don García.

GARCIA. ¡Oh! gracias, fortuna mia.

REINA. ¡Yo en público mancillada

por el rey! Yo ante él culpada...

Santo Dios.

GARCIA. Ya os lo decia.

REINA. Aparta. Un Dios desde el cielo

la verdad mirando está,

y á su tribunal apelo.

GARCIA. (*A la reina.*)

Me pesa de vuestro duelo

mas es harto tarde ya.

Lo que he intentado me aterra,

sé que nadie habrá en mi abono,

y que mi suerte se encierra

entre siete pies de tierra

cabados al pie de un trono:

mas ya puesto ante su hondura

á saltarla provaré,

si caigo... en mi sepultura;

mas si salto con ventura...

¡Oh! sobre el trono caeré.
 Melendo, esta misma sala
 la señalo por prision:
 don Pedro Sesé á la torre,
 (*A otro.*) vos sereis su guardador.
 (*A otro.*) Vos al punto con la gente
 de mayor satisfaccion,
 buscadme por todas partes
 á ese villano impostor
 á quien la reina aqui mismo
 un pergamino firmó.
 Id, corred por todas partes,
 no haya en Pamplona rincón
 en donde logre ese infame
 salvarse de mi furor.
 (*Ruido dentro.*)

¿Mas qué ruido es ese?

ARJONA. (*Dentro.*) Paso.

GARCIA. Esa es de Arjona la voz.

ESCENA XIV.

DICHOS. LUCAS DE ARJONA.

ARJONA. ¡Señor, señor!

GARCIA. ¿Qué sucede?
 ¿Qué traes, Arjona?

ARJONA. Señor:

Luis Torras está ahí diciendo
 que con el secreto dió
 de vuestro huésped de anoche.

GARCIA. Con quien Torras dar debió.
 fué con él viven los cielos!

ARJONA. Mas trae en cambio señores...

GARCIA. ¿Qué trae?

ARJONA. Trae á una mûger.

Hela aqui.

(*Traen á Gisberga custodiada.*)

ESCENA XV.

DICHOS. GISBERGA.

GARCIA. ¡Dios vengador

es ella! su muger.

GISBERGA. Sí, yo soy.

GARCIA. De ese vil traidor me responde tu cabeza; tú sabrás donde está.

GISBERGA. No.

GARCIA. Quién es ese hombre.

GISBERGA. Lo ignoro.

GARCIA. ¡Niegas!

GISBERGA. Sí.

GARCIA. Pues ¡vive Dios!

pronto hará polvo el tormento toda esa resolucion.

Guárdadla bien hasta entonces, mas pasa el tiempo veloz y es fuerza acabar cuanto antes.

Arjona, sin dilacion que me ensillen el caballo que el rey mi padre dejó, que quiero que vea el pueblo

quién es su gobernador, y los vasallos del rey guarden al rey sumision.

REINA. Traidor ¿qué vas á intentar?

GARCIA. Eso no os atañe á vos, señora. — Llevadla.

REINA. ¡Infame! (*Voces fuera.*)

GARCIA. ¡Aún hay mas!

ESCENA XVI.

DICHOS. UN CABALLERIZO.

CAB. Señor, ¡perdon!

GARCIA. ¿Qué es?

CAB. El caballo del rey con el real caparazon le han robado en este instante, un Etiope feroz ayudado de otro hombre

GARCIA. ¿Y mis guardias? ¡Vive Dios!

CAB. Matáronlos á estocadas
 GARCIA. ¡Ya lo entiendo! ¡Maldicion!
 Ese demonio es tambien
 del caballo el robador.
 Seguidle, y donde le hálleis
 matadle sin compasion. *(Vanse algunos.)*
 Mientras él viva, seguro
 ni aun en mi sepulcro estoy.

(Aparece en el fondo un rey de armas con sus insignias.)

¿Mas qué es esto? ¿Aqui un rey de armas?

ESCENA XIII.

DICHOS. UN REY DE ARMAS. despues, EL REY DON SANCHO
 y MELENDO.

REY DE ARMAS. Paso, el rey me sigue en pós.

TODOS. ¡Cielos el rey!

REY DON SANCHO. Si señores;
 el rey en persona, yo.

Doña Nuña, *(A la reina.)* don García, *(A este.)*

Sesé, *(Id.)* daos á prision.

En sus cuatro torreones

tiene la torre mayor

de mi alcázar cuatro encierros.

Melendo, su guardia sois;

(A los tres.) los tres, y esa otra muger

cada cual á un torreón!

Ferrando, que mi consejo

se junte al punto.

REINA y GARCIA. ¡Señor!

REY. ¡Silencio! Llevadlos pronto,

vamos á ver ¡voto á Dios!

qué es lo que pasa en mis reinos

cuando de ellos falto yo.

(Los lleva.— El rey se pasea con el mayor desasosiego.)

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

Tornada tercera.

En la torre del alcázar de don Sancho. A los cuatro ángulos cuatro puertecillas que se supone dar á los cuatro torreones. Una ventana en el fondo. Otra puerta á la derecha que se supone dar al caracol que da entrada á este salon. Una lámpara que pende del techo ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA.

MELENDO, cerrando la puerta del primer torreón de la derecha, prision de la reina.

¡Tamaña tenacidad!

ó es muy grande su inocencia,

ó con osada impudencia

burlar al rey quiere audaz.

En fin, cumplamos su ley,

pues ley es su voluntad.

Y Dios mire con piedad

los arrebatos del rey.

(Abre la puerta de la izquierda, por donde sale don García.)

ESCENA II.

DON GARCÍA. MELENDO.

MELENDO. Salid, señor.

GARCÍA. ¿Qué sucede,

Melendo?

MELENDO. Que libre estáis.

El rey sus postreras órdenes

os quiere príncipe dar,
y en su aposento aguardándoos
tras breve espacio estará.

GARCIA. ¿Y la reina?

MELEND. Todavía

en silencio pertinaz
se mantiene, y aun se niega
hasta con el rey á hablar.

GARCIA. Está bien.

MELEND. ¿Puedo señor,
serviros en algo mas?

GARCIA. ¿Dijo el rey que con alguno
podiera comunicar?

MELEND. Dijo que hasta hablaros él
podrían veros no mas,
los escuderos que os sirven
si de ellos necesitais.

GARCIA. Traedme á Lucas de Arjona,
que con él me bastará.

MELEND. Todo el dia importunándome
anduvo ese hombre tenaz
por entrar un punto á veros.

GARCIA. Es criado muy leal
id por él: que al aposento
del rey me acompañará
dentro de breves momentos.

MELEND. Que Dios os guarde.

GARCIA. Id en paz.

ESCENA III.

DON GARCÍA.

GARCIA. ¡Oh! la fortuna me ampara,
crédito el mundo me da,
libre estoy... mas quién pudiera,
¡ay de mí! volverse atrás.
Quién me diera como una hoja
de un árbol seco arrancar
este dia de los tiempos
sin que volviera jamas.

ESCENA IV.

DON GARCÍA. ARJONA.

ARJONA. Señor.

GARCIA. Arjona, ¿qué traes?

ARJONA. Buenas nuevas. Todo se ha

cumplido á pedir de boca.

Pero dejadme admirar,

señor, vuestra perspicacia

y vuestra serenidad.

Yo lo oía y lo dudaba,

y quien os viera explicar

de esta rebelion la historia

delante del tribunal,

vive Dios que la tuviera

por relacion tan veraz,

tan clara, tan innegable...

GARCIA. Basta, Arjona, por piedad.

Ojalá que antes mi lengua

enmudeciera. Ojalá

que un rayo me hiciera polvo

al concebir tal maldad.

ARJONA. ¿Señor...! ¿qué decís?

GARCIA. Arjona,

mientras me hizo vacilar

el miedo y la incertidumbre,

y la ambicion infernal

me sostuvo á todo osé;

mas la negra soledad

de esa torre en que he pasado

todo el día, á despertar

ha vuelto en mí la razon,

y holgárame Arjona asáz

para salir de esta angustia

algún camino encontrar.

ARJONA. Ya estais, señor, fuera de ella.

Yo presenté al tribunal

y los testigos que citásteis,

y aunque con bastante afan

y harto temor, porque alguno

quisiera volverse atrás,

juramos lo que vos mismo
les quisisteis declarar,
y probamos que aqui obrásteis
en virtud del poder real

que os dió en secreto la reina,
mas que su deslealtad
conociendo, al rey y al reino
quisisteis de ella guardar.

Que sorprendiéndoos tambien
ella y Sesé vuestro plan
en su antecámara misma
os iban á asesinar,

habiendo comprado el brazo
de un vigoroso gañan
con quien en secreto hablaron
antes de haceros llamar

á su presencia, en su cámara
para mas seguridad
la misma reina ocultándole
todo lo que, si es verdad

que es una impostura grande,
nadie lo podrá negar,
porque todo el mundo vió
que estaba aquel Satanás

con el acero en la mano,
y con él pronto á lidiar
vos, señor, al mismo tiempo.

GARCIA.
ARJONA.

¿Pero y ese hombre?
Ya está

tambien por mi buena industria
colocado en buen lugar.

GARCIA.
ARJONA.

¿Preso tambien?
Nada de eso,

nadie con ese hombre da
mas como yo le he colgado
con ellos grande amistad,
y han dicho todos que él solo

robó el caballo ademas
de matar al que servia
la caballeriza real,
y con pase de la reina
se salió de la ciudad,

está condenado á habérsele
á la pena capital.

El rey además furioso
de el silencio que en guardar
se obstinan Sesé y la reina,
crédito mayor os da.

Y en fin, la junta y los grandes
tan confundidos estan,
y las leyes tan esplicitas
que nada que temer hay.
Ya ves que en todo parece
de parte nuestra el azar.

GARCIA. Pero Arjona...

ARJONA. ¡Qué, señor!

GARCIA. Aunque todo va derecho
á nuestro bien, de lo hecho
me da espanto, me da horror.
Es mi madre.

ARJONA. Pero...

GARCIA. Di,
¿no habria mejor camino
por donde echar su destino?

ARJONA. Hay uno, mucho que sí.

GARCIA. ¿Cuál? ¿cuál?

ARJONA. Que vos ante el rey
declareis vuestra impostura,
y cambiéis de sepultura
con la reina.

GARCIA. ¿Esa es la ley,

Arjona?

ARJONA. No hay mas remedio.
si os habeis vos de salvar,
fuerza ha de ser derribar
á todo el que esté por medio.
La pena del acusado
cae en el acusador
si sale aquel vencedor,
con que morireis quemado.

GARCIA. Y tú, tú que tantas trazas
hallas siempre para todo
me abandonas de este modo.
¡Callas...! ¡Oh, me despedazas

- el alma, Arjona.
- ARJONA. Señor,
me estais confundiendo y callo
porque remedio no os hallo
si os falta vuestro valor.
- GARCIA. No son de pavor Arjona
los pesares que me oprimen,
es que veo que mi crimen
pesa mas que la corona.
Es que me espanta el castigo
que les impone mi encono,
y que me espanta ese trono
que con su sangre consigo.
Si huyéramos...
- ARJONA. Imposible.
- GARCIA. Ausente el acusador...
- ARJONA. Fuera el peligro mayor
para vos.
- GARCIA. ¿Y no es posible
burlando la vigilancia
de el rey don Sancho fugarnos
ambos á dos y ampararnos
de Cataluña ó de Francia?
- ARJONA. Imposible, no hay camino
que por el rey no se guarde,
don García, y ya es muy tarde
para torcer el destino.
- GARCIA. De ese modo...
- ARJONA. Es lo mejor
que en el empeño sigais
hasta donde mas podais
con inflexible valor.
Si venceis, aun la esperanza
teneis de calmar la ley,
su vida pidiendo al rey
todo quien vence lo alcanza.
- GARCIA. ¡Ira de Dios! seguiré.
El infierno es quien lo hace:
seguiré pues que le place.
Vamos.
- ARJONA. ¿Dónde?
- GARCIA. Yo no sé.

El rey me aguarda, á él me voy,
lo que exigirá no sé,
mas todo lo emprenderé
segun sintiéndome estoy.

De mi maldad me amedrento,
y este afan, esta agonía,
no sé si es por vida mia
furor ó arrepentimiento.

La fortuna arrastro en pos
de mí, mas con tal afan
que presumo que asi irán
los réprobos ante Dios.

Si soplo infernal me anima,
de espíritu tan perverso
que abriria al universo
á mis plantas ancha sima.

Un vértigo, un torbellino
me arrebató en pos de sí.

Vamos, Arjona, de aqui,
y cúmplase su destino.

ESCENA V.

DICHOS. MELEND.

MELEND. El rey aguarda, señor.

GARCIA. Voy. (*Vanse don Garcia y Arjona.*)

MELEND. No sé qué de funesto

revela ese hombre en su gesto
que el mirarle da pavor.

Algun horrible secreto

le acosa con saña fiera,

porque si él el justo fuera

no andüviera tan inquieto. —

¿ Mas ella... ? ; pobre muger !

en fin, por si la interesa

este escrito voy á priesa

en sus manos á poner.

(*Abre la torre en que está la reina.*)

LA REINA. MELENDO.

- REINA. ¿Quién es?
- MELEN. Señora, yo.
- REINA. Mi carcelero.
- MELEN. Pésame de ello...
- REINA. Gracias, caballero, cumplid vuestro deber, ¿qué nuevo insulto venís á hacerme?
- MELEN. Duéleme, señora, que me trateis así, cuando á ofreceros venía mi favor desde esta hora...
- REINA. ¿Cómo?
- MELEN. Reina, escuchad: yo he presenciado vuestro juicio, y he visto que os condenan las pruebas.
- REINA. Falsas son falsas, Melendo.
- MELEN. Señora, así lo entiendo, y á fé que me ha espantado ver á un hijo acusando á su madre, y no comprendo que tan noble cual vos una matrona de su esposo manchara la corona.
- REINA. ¿Esó mas?
- MELEN. Don García así lo dijo.
- REINA. ¡Villano!
- MELEN. Que á Sesé con torpe audacia ofrecísteis el trono y en secreto, conspiraban los dos con tal objeto: que él os le sorprendió, y hecho á la parte no hallando otro remedio el rey tan lejos y él tan vigilado, alzó otro bando con silencio y arte para salvar el reino amenazado. Y en fin, que vuestros muchos desafueros y escandalosas tramas solamente á su rey descubriría y con testigos cien los probaría, dispuesto estando á mantenerse en todo y á mostrar sus servicios verdaderos á voluntad del rey de cualquier modo.

Le oyó en secreto el rey don Sancho: y luego
de larga conferencia,
salió iracundo y respirando fuego
para firmar no mas vuestra sentencia.

REINA. ¡Gran Dios!

MELEN. Interpusieron pronto ruego
los grandes y prelados,
mas por el con dureza rechazados
confirmaron sentencia tan estraña
midiendo sus razones por su saña.

REINA. ¿Asi la lealtad de tantos años,
el amor y la fé don Sancho olvida
crédito dando á pérfidos amaños?

MELEN. Mas espera que vos..

REINA. Nunca, Melendo, la sup
antes mil veces perderé la vida.

MELEN. Mas si inocente sois una palabra
decid que os justifique.

REINA. No la tengo,
Melendo; en vano lidia
la inocente virtud con la perfidia.

en el confuso dedalo enredado
de esas acusaciones impostoras,
mi lengua y mi razon se perdería;
y cayendo en un lazo preparado
mas criminal tal vez pareceria.

MELEN. Mas ved que quiere oiros.

REINA. Es en vano;
nada tengo que hablar: pues leyes tiene,
que mi causa por ellas mida y vea,
ellas dirán lo que á su honor conviene:
y si él mal las emplea,
á Dios respondá cuando tiempo sea.

Asi se lo direis. Soy inocente
y justificacion no necesito,
y si cree el universo en mi delito,
ante su Dios el universo miente.

MELEN. Miente, si, miente: mas importa mucho
que limpia ante él aparezcáis, señora,
y tal vez haya medio... Un hombre ahora
me lo juró tambien...

REINA. (Cielos que escucho)

MELEN. Y no osando en la torre darle entrada, no le os escribió estas letras, y me dijo que podriais por él ser libertada.

REINA. Dadme, dadme.

MELEN. Leed:

REINA. (*Leyendo.*)

“Señora: si es imposible que nos veamos, no olvidéis que las leyes os permiten apelar al juicio de Dios; y no ha de faltar una lanza que se rompa en vuestra defensa, mientras aliente quien está pronto á morir por salvar el honor de la reina de Navarra.

REINA. (*Representando.*) ¿Dónde está el hombre que esta carta escribió?

MELEN. Por un postigo

que al rio da, con misteriosa seña ha poco me llamó y habló conmigo; mas si os inspira ese hombre confianza y os importa el hablarle, todo por vos lo arriesgo, iré á buscarle, y entrará de las sombras al abrigo hasta vuestra prision.

REINA. ¡Oh! hacedlo, amigo, que ese hombre es mi esperanza.

MELEN. Pues fíaos de mí: traza oportuna buscaré de traerle en el momento, mas que vuelva á salir de este aposento antes que empiece á despuntar la luna, tal vez un centinela le vería y todo de una vez se perdería.

REINA. Id, volad, caballero.

MELEN. Un momento aguardad.

ESCENA VII.

LA REINA.

¿Y en quién espero?
 ¿Cuya esta letra es? ¿Quién es ese hombre?
 ¿es tal vez un amigo verdadero,
 ó es algun arrestado aventurero
 que se promete así cobrar renombre?
 Debajo de estas líneas mal trazadas
 no puso firma, ni seña, ni nombre.

En fin, quien quier que sea
 pues me ofrece una lanza
 que en la defensa de mi honor emplea,
 es en la tierra mi única esperanza.
 Y vos, señor, que en la invisible altura
 tras la cortina azul del limpio cielo
 medís la intensidad de mi amargura
 no me dejéis morir en tanto duelo.
 Solo del justo proteccion segura
 sois, pues veis mi inocencia á vos apelo;
 atajad de los hombres la malicia,
 y mostradles, señor, vuestra justicia.

ESCENA VIII.

LA REINA. DON RAMIRO. MELENDO.

RAM. Sí, se la mostrará.

REINA. ¡Vos!
 (Reconociéndole á la luz de la lámpara.)

RAMIRO. Yo, señora;
 que infatigable vuestro honor velando
 mostraré la justicia vengadora al mundo
 del Dios inmenso que os está juzgando.

MELEN. Tomad, temo que alguno nos sorprenda (A Ramiro.)
 con ese saco tosco de soldado
 mostraos por si acaso disfrazado,
 y aqui que haceis la centinela entienda.

RAM. Gracias.

MELEN. Mas breve sed, que el rey en breve
 á la torre venir acaso debe:

RAM. Pocos momentos bastarán.

MELEN. Yo guardo
 el caracol estrecho...
 mas encajaos pronto ese tabardo,
 y á Dios.

RAM. Prémieos él lo que habeis hecho.

ESCENA IX.

LA REINA. DON RAMIRO.

REINA. Caballero.

RAM.

(Interrumpiendo.)

Escuchadme: lo sé todo.

La diabólica astucia con que supo
don García volver por raro modo
contra vos lo que en él tan solo cupo:

sé de don Sancho y de la Junta el fallo,
y sé que me condena

á morir por ladrón de su caballo,
lo cual me trae á mí con poca pena.

Sé que es justificaros imposible
en plazo corto, que harto enmarañado
el nudo veo de su trama horrible:

mas sé tambien que el término alargado
de la sentencia vuestra, yo en mi brio
y en mis razones vuestra causa fio.

Vos escribid al rey; vuestra inocencia
protestad; como horrendo sacrificio

apelad de su bárbara sentencia
al juicio del Señor, que es el buen juicio.

Yo retaré entre tanto á don García
de vil calumniador, campo pidiendo
para lidiar con él; esto en el dia

lo permite la ley, y no pudiendo
negarlo á nadie la victoria es mia.

REINA. Mucho fiais, mas ignorais sin duda
que es preciso probar...

RAM. No os dé cuidado; mi
secreto talisman tengo en mi ayuda,
con el que todo me será allanado.

REINA. Vedlo todo despacio, y que no os ciegue
vuestro buen corazon; ese combate
con un príncipe real tal vez se os niegue.

RAM. ¿Porque infante no soy? Qué disparate.
Con sola una palabra que á don Sancho
le diga yo al oido,
le tengo de dejar tan convencido,
que ha de abonarme y le vendrá muy ancho.

REINA. Mas ved que don García
es hoy el justador mas afamado.

RAM. Por lo que hace á su esfuerzo es cuenta mia.
Con tigres y leones me he probado,
y no cedo á hombre alguno en osadía.

REINA. Mas si entre tanto vos en red traidora
caéis, y el plazo tiene fin...

RAM. Señora,
ya os he dicho que puede mi palabra
hacer temblar al rey, pero primero
fuerza es que paso á su justicia me abra,
siendo de vuestro honor el caballero.
Si sucumbo, aun me queda la esperanza
de esta palabra oculta: mas si venzo,
con ayuda de Dios y de mi lanza,
de decirla á don Sancho me avergüenzo,
que él se avergonzaria al escucharla.
Si vengo, sin decirla, á la inocencia
me vuelvo á desterrar de su presencia,
antes que en su presencia pronunciarla.

REINA. Ser tan incomprensible y misterioso,
cuanto teneis de bravo y generoso,
arcangel protector de mi existencia
que por do quiera á la defensa mia
salís, entre la niebla mas sombría
vuestra razon velando y vuestro nombre,
¿quién sois? ¿qué recompensa
de mí esperais?

RAM. Ninguna: mas no hay hombre
que abrace con mas fé vuestra defensa.
Ni leonés habrá ni habrá navarro
que dé por vos mas pronto la existencia,
ni que por vos combata mas bizarro,
mas premio sin buscar que su conciencia.

REINA. Mas decidme á lo menos vuestro nombre,
vuestro linage; sepa en quién espero.

RAM. Solo á vos le callára, y no os asombre,
si sin ira ni horror le pronunciarais
valiera en vuestro labio el mundo entero.

REINA. ¿Mánchale el crimen?

RAM. No: pero le odiárais.

REINA. ¿Con él á vuestro padre avergonzárais?

RAM. No.

REINA. ¿Sois pues...?

RAM. Vuestro solo caballero,
el solo amigo que valeros puede,
y que todo por vos ha de intentarlo

mientras un soplo de esperanza quede.
 Mas oigo hablar... aprisa... entrad, señora,
 en el cubo otra vez: si me descubren
 que aqui no os hallen. Diligente ahora,
 si os permiten con qué, al tremendo juicio
 de Dios la apelacion tened escrita
 y confiad en él, que en este mundo
 solo de Dios el justo necesita.
 Silencio; entrad, entrad.

ESCENA X.

DON RAMIRO. *Despues DON GARCIA.*

(*Don Ramiro corre el cerrojo de la puerta por donde entró la reina.*)

RAMIRO.

Cierro por fuera:
 suben... veamos lo que aqui me espera.

(*Se cubre bien con el saco de soldado aparentando estar de centinela.*)

GARCIA. (*Dentro.*)

Ya basta, vive Dios; me importa hablarla,
 y orden traigo del rey.

(*En la escena.*) ¡Tanta osadía,
 y en defender la entrada tanto empeño
 ese necio Melendo!

RAMIRO.

(¡Oh, don García!)

GARCIA.

¡Tal vez tiene razon! ¿á qué su sueño
 turbar... tranquila acaso en su inocencia
 duerme, sin miedo á la fatal sentencia:
 mientras que yo ¡ay de mí! tiemblo y me agito
 en continuo velar, y aqui en mi pecho
 de la conciencia el torcedor maldito
 halla en mi corazon ámbito estrecho.
 Si, por do quier me espanta mi delito,
 y en torno de mi mesa y de mi lecho
 ronda, y ante mis ojos se presenta,
 y ante mí marcha y ante mí se sienta.
 Mas venzamos las necias aprensiones
 del corazon cobarde... es fuerza hablarla;
 apartaos, quiméricas visiones,

este es el torreón... voy á llamarla.
(Don García va á poner mano al cerrojo que ha corrido don Ramiro. Este al verlo avanza dos pasos hácia él. Don García se detiene.)

GARCIA. ; Mas cielos! Quién está aquí.

RAMIRO. Un centinela, señor,
 que juzga á inmenso favor
 de Dios hallaros así.

GARCIA. ; Qué quieres?

RAMIRO. Solo un momento
 que me oigais...

GARCIA. No es ocasión;
 déjame.

RAMIRO. Noticias son
 para vos de gran contento.

GARCIA. El que el caballo os robó...
 Cómo ; qué? dónde está ese hombre,
 ; tú le conoces? ; su nombre
 sabes? ; le han cogido?

RAMIRO. No.
 pero de saber acabo
 que os ha retado, señor,
 como á vil calumniador,
 y mirad que es hombre bravo.

GARCIA. Yo á nadie temo.

RAMIRO. Aun hay mas.
 Ya sé que nadie os da miedo
 en la lid, mas un enredo
 pierde al mismo Satanás.

GARCIA. Acaba, no me entretengas
 con necias bachillerías.

RAMIRO. No son intenciones mías
 perder el tiempo en arengas.
 Pero ya que os hallo aquí,
 voy á haceros conocer
 lo que os importa saber
 para gobernaros.

GARCIA. Di.

RAMIRO. El rey con una francesa
 os trataba un matrimonio.

GARCIA. Sí.

RAMIRO. Pues llevóle el demonio.

- GARCIA. ¿Qué?
- RAMIRO. Os robaron la condesa.
- GARCIA. ¿Qué diablos estás diciendo, mentecato? Tú estás loco.
- RAMIRO. Escuchad, que poco á poco lo ireis, señor, entendiendo.
- GARCIA. ¡Voto á...!
- RAMIRO. La condesa huyó con un galan de su casa; su buen padre hecho una brasa, que les siguieran mandó por do quiera... ¡inútilmente! no parece ni uno ni otro. Pues bien, ese hombre... el del potro, ha escrito á vuestro pariente el buen conde de Bigorre, diciendo que la robásteis vos, y á todos la ocultásteis guardándola en esa torre.
- GARCIA. Mas cuando ese hombre me achaca el rapto de esa doncella, ¿qué espera de mí? ¿qué de ella? ¿ó qué consecuencia saca?
- RAMIRO. Una, señor, muy sencilla, que á acusaros de raptor envía un embajador el de Bigorre á Castilla.
- GARCIA. ¿Y qué? tan sandia impostura desmentiré.
- RAMIRO. Aunque lo hagais, la cosa no es tan segura como vos la imaginais.
- GARCIA. No te entiendo.
- RAMIRO. El robador de la doncella, el amante, es tambien ese tunante... el del caballo, señor.
- GARCIA. Me confundes cada instante mas.
- RAMIRO. Pues poco hay que entender: ¿no habeis preso á la muger que tenia ese bergante

en la quinta que con fuego
destruisteis para así
cogerle rehenes?

GARCIA.

Sí.

RAMIRO.

Pues bien, él os torció el juego.

Os dejó que la cogierais,
para obligaros despues
á que, probando quién es,
de ella á Francia respondiérais.

GARCIA.

Pero en mi poder estando...

RAMIRO.

Kia; á ofenderla; vive Dios!

dará Francia sobre vos

por la venganza clamando.

De modo que con lo mismo

que os pensábais vos salvar,

os va ese hombre á colocar

á la boca de un abismo.

GARCIA.

Todo lo comprendo ya.

¿Con que ese hombre, esa quimera,

conmigo por donde quiera

para contrariarme va?

RAMIRO.

Ya veis, donde quiera os reta.

Y aqui por calumniador,

y allá en Francia por raptor,

á su capricho os sujeta.

GARCIA.

¡Que venga pues, vive Dios!

pues me hace tan cruda guerra,

no cabemos en la tierra

á un mismo tiempo los dos.

RAMIRO.

No le llameis, que á mi ver

si gritais con tal vigor,

se os pudiera aparecer,

y estais sin armas, señor.

GARCIA.

Que venga, nada me espanta;

pero el traidor no vendrá.

RAMIRO.

(Descubriéndose.)

Sí, don García, aqui está;

brotó bajo vuestra planta.

GARCIA.

¡Gran Dios!

RAMIRO.

Oid, don García.

Ya veis que os tengo en un caos;

aun es tiempo, retractaos,

- porque la victoria es mia.
GARCIA. ¿Tuya? sueñas; robador
 de la hacienda de tú rey
 te ha condenado la ley
 declarándote traidor.
 Ni aun siquiera te oirán,
 que testigos infinitos
 te probaron mil delitos
 que á morir te llevarán.
RAMIRO. No os ciegue el furor, García;
 mi causa está ya segura:
 medítadlo con cordura,
 que aun para ello os doy un día.
GARCIA. No vivirás ni una hora.
 Nuño, Melendo, traicion,
 acudid al torreón;
 veremos quién vence ahora.

(Don García desde la puerta que se supone dar al caracol, llama bajando un escalon, de modo que oculte medio cuerpo en el bastidor, volviendo la espalda á la escena. Don Ramiro le empuja, cierra y corre el pasador.)

ESCENA XI.

DON RAMIRO.

- ¡Tu furor me hace reir!
 ¿Piensas, necio, que al entrar
 me he descuidado en mirar
 por dónde debo salir?
 ¿Piensas en tu desvarío
 que un navarro montañés
 no saltará ochenta pies
 teniendo debajo el río?
 ¿No quieres que entre los dos
 haya paz? bien, haya guerra:
 yo he cumplido con la tierra;
 ahora que nos juzgue Dios.

(Se lanza por la ventana, y se oye el ruido de un cuerpo que cae al río, teniendo en cuenta el espacio de ochenta pies que tiene que recorrer en su caída. Pasado este efecto, la puerta se abre forzada, entrando por ella don García, Melendo y soldados.)

DON GARCÍA. MELENDO. ARJONA. SOLDADOS.

GARCIA. Aquí, aquí está ese traidor ;
el que el caballo ha robado,
el que á la reina ha ayudado.

MELENDO. } Aquí no hay nadie, señor.
ARJONA. }

GARCIA. ¡ Dios! En esos torreones...

MELENDO. (*Viéndolos todos.*)

¿ Y cómo entrarles pudiera
si tienen todos por fuera
corridos los aldabones?

GARCIA. Esa ventana...

ARJONA. Señor,
imposible por ahí es
un salto de ochenta pies.

GARCIA. ¿ Qué es esto? ¡ Dios vengador!

MELENDO. (*¡ Qué arrojo!*) (*Asomándose por la ventana.*)

GARCIA. (*Espantado.*) Si estaba aquí,
aquí mismo, en mi presencia.

TODOS. ¿ Quién, señor, quién?

GARCIA. Mi conciencia.

Sostenme, Arjona. ¡ Ay de mí!

(*Don Garcia desfallece como presa de un vértigo en los brazos de Arjona.*)

Cae el telon.

FIN DE LA JORNADA TERCERA.

Jornada cuarta.

Interior del centro de una tienda de campaña que ocupa todo el escenario á lo ancho, y que llena á lo largo una sola caja. Esta tienda, que figura ser la del caballero mantenedor de un reto y levantada en un costado de un palenque, está cerrada por el fondo con dos lienzos que tapan completamente todo el fondo del escenario y colocados de modo que puedan manifestar descorriéndose á su tiempo todo el palenque que tiene detras. Como esta tienda figura componerse de tres partes ó habitaciones, las personas salen y entran por derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. MELENDO.

MELENDO. Calmaos, señor.

REY.

Melendo,

inútilmente procuras
poner á mi enojo diques
y aplacarme con disculpas.
Ya los vistes cuán tenaces
en su silencio ni escusas
quisieron dar de los crímenes
que á los dos se les imputan:
ni aun responder se dignaron
de su juez á las preguntas;
y ¡vive Dios, que esta ha sido
la mayor de sus injurias!

Melendo, trae á don Pedro,

hagamos la prueba última. (*Vase Melendo.*)

ESCENA II.

EL REY.

¡Ob, esta es de sueño funesto
 pesadilla que me abrumba!
 es un vértigo, un delirio
 de abrasada calentura.
 Estoy la verdad tocando,
 y el alma incrédula lucha
 con la realidad, sin fuerzas
 para comprenderla nunca.
 El tan leal otro tiempo
 y ella tan noble y tan pura...
 pero ¿qué dudo? ¡insensato!
 ¡El príncipe les acusa
 de adúlteros y rebeldes,
 y el príncipe es sangre suya!
 y para atreverse á tanto
 grandes razones le escudan.
 ¡Oh! juro á Dios que si insisten
 en su silencio, mi furia
 todo el rigor de las leyes
 les hará pronto que sufran.

ESCENA III.

EL REY. DON PEDRO. MELENDO.

MELENDO. Aquí está.

REY.

Dejadnos solos,

Melendo. ¡El cielo me acuda! (*Vase Melendo.*)

ESCENA IV.

EL REY. DON PEDRO SESÉ.

REY.

Sesé, lee ese pergamino;
 en él estan todas juntas
 las graves acusaciones
 que á tí y á la reina imputan.

Los testigos que lo afirman
y el príncipe que os denuncia,
las han sellado y firmado.

Ahora, si disculpa alguna

tienes dámela, de nó

con madurez y mesura

lo ha pesado de mis nobles

y mis prelados la junta

y os sentencia como infames

á sufrir la pena última.

PEDRO. Señor, no habrá en vuestros reinos
quien con mas valor la sufra;

pero iremos al martirio,

don Sancho, no á pena justa.

REY. Pues bien, espílicate, Pedro,

librame ya de esta angustia,

solos estamos aqui,

solos; nadie nos escucha:

por cuanto encierran sagrado

cielos y tierra, si oculta

hay en tu pechó una causa

una razon, una escusa

que os justifique á mis ojos,

por compasion, Sesé, búscala.

PEDRO. Señor, desde que mis hombros

pudieron con la armadura

hasta que el peso del casco

me encalveció, la vez única

es esta en que habeis tenido

en mi fé y en mi honra duda.

Amigo me habeis llamado,

(Murmura.) señor, desde vuestra cuna,

como amigo os he servido

en vuestras varias fortunas.

He cuidado vuestra casa,

os he velado en la oscura

soledad del campamento,

y en las lides mas sañudas

he puesto el pecho mil veces

ante las lanzas morunas

para defender ei vuestro;

y ha cincuenta años en suma

que las gotas de mi sangre
 se derraman una á una
 por vuestro honor y grandeza,
 por vuestra prez y ventura;
 jamas intenté venderos
 ni os han estraviado nunca
 mis consejos del camino
 de la virtud; ¿y ahora juntas,
 creéis que al fin de una vida
 que tal lealtad ilustra,
 pude hacer tantas infamias,
 reo ser de tantas culpas?
 Oh, sí, sí, cuando recuerdo
 los fuertes lazos que anudan
 nuestra amistad, la limpieza
 de tu honor, que no deslustra
 ninguna mancha bastarda,
 cuando oigo la voz robusta
 con que en tu favor me grita
 mi corazon, se me anublan,
 Pedro, los ojos en lágrimas
 y mi conciencia se turba
 al ver que os condenan pruebas
 que tú ni nadie recusa.
 Ante vuestro tribunal
 tuvisteis las lenguas mudas.
 ¿Por qué; vive Dios! por qué
 si la inocencia os escuda
 no os defendeis de las leyes
 que os abren infame tumba?
 Don Sancho, mil y mil veces
 os lo dije en oportunas
 ocasiones, vuestras leyes
 son incompletas y absurdas:
 con ellas el inocente
 sucumbe, el malvado triunfa,
 y los mas atroces crímenes
 á su sombra se consuman.
 Acusa un vil á un sencillo,
 y con infernal astucia
 destruye todas las pruebas
 que han de obrar en contra suya,

Sus delitos le atribuye,
 como vuestro hijo, lo jura,
 los jueces véñse indecisos
 y él para borrar su duda
 se ve jóven y alentado,
 ve que aquel á quien acusa
 es viejo, ó muger, ó débil,
 y con audacia segura
 dice: "aquí estoy con mi lanza
 pronto á sostener mi injuria."

La ley lo consiente, y siempre
 vencé la fuerza y la astucia. —

Y vive Dios, rey don Sancho,
 que á ser cual era robusta
 mi mano, yo con el príncipe
 empeñaria la lucha;
 mas ¡ay! el cielo á los débiles
 contra los fuertes no ayuda.

REY. Mas esa es la ley que rige,
 y esa es fuerza que se cumpla.
 Sincérate, pues, ante ella,
 pues ante ella te denuncian.

PEDRO. Rey don Sancho, si en vuestra alma
 no está escrita mi disculpa,
 si con vos no me defiende
 vuestra conviccion, que acuda
 el verdugo; este es mi cuello;
 ni yo sé dar mas escusa,
 ni á saberla la daria:
 sabeis mi honor y mi alcurnia.

REY. Mas esas pruebas...

PEDRO. Son falsas
 apariencias.

REY. Pero abundan
 los testigos.

PEDRO. Son comprados.

REY. Te han hallado veces muchas
 en el cuarto de la reina
 en altas horas nocturnas.

PEDRO. Velado hé por vuestros reinos
 con ella, y las damas suyas
 no faltaron de su cámara

- jamas.
 REY. Hoy mismo disputa
 escandalosa mantuvo
 contra el príncipe en su pública
 antesala en favor tuyo.
- PEDRO. Era su causa la injusta,
 y yo cumplía las órdenes
 de mi rey.
- REY. Con maña astuta
 te sorprendió tus secretos.
- PEDRO. Y yo sus tramas oscuras:
 supe que vuestro caballo
 era la señal oculta
 de una rebelion.
- REY. Dispuesta
 para sofocar la tuya,
 para guardar de vosotros
 mi corona.
- PEDRO. ¡Virgen pura!
 á partir para obligaros
 vuestra dignidad augusta,
 para obligaros en él
 á hacer su total renuncia.
- REY. De eso os acusa á vosotros,
 que viendo que su bravura
 os malograba el proyecto,
 hicísteis por mano oculta
 robar mi mismo caballo,
 que era su señal última.
- PEDRO. Ved lo que decís, don Sancho,
 que el robo no fué obra suya
 ni nuestra, fué de un tercero
 enviado vuestro.
- REY. ¡Impostura
 semejante! ¿enviado mio?
- PEDRO. No puede en eso haber duda:
 traje vuestra firma y sello.
- REY. Mientes, traidor.
- PEDRO. Vuestra injusta
 intencion veo, don Sancho,
 manifiesta.
- REY. Y yo la tuya,

PEDRO.

pues de tus mismos delitos
 aun á mí propio me culpas.
 ¿Negais vuestra firma y sello?
 basta, señor, que se ofusca
 vuestra razon, y olvidando
 vuestro decoro me insulta
 vuestro labio; y si creéislo
 como el labio lo pronuncia,
 sois fiscal que me acrimina,
 no juez que recto me juzga.
 Vuestro hijo os codició el reino
 con ambiciosa locura,
 y yo el reino os defendía
 con voluntad absoluta:

si á mi sus faltas me cargan
 y mi lealtad me usurpan,
 y escuchais vos las palabras
 de los que así me calumnian,
 yo os juro, rey, por el Dios
 que se asienta en las alturas,
 que me sirven de vergüenza
 las heridas que me cruzan
 el pecho, que por tí espuse
 con lealtad bien estúpida.

REY.

Con esas mismas palabras
 protesta quien os acusa.

PEDRO.

Pues miente como un villano.

REY.

Es mi sangre.

PEDRO.

La que nunca
 mereció ver en pró suyo
 mi espada leal desnuda.

REY.

¡Traidor!

PEDRO.

El no haberlo sido
 es el pesar que me abruma
 hoy, que hacía mí sin razon
 vuestra voluntad se muda.

REY.

¿Sin razon? ¡viven los cielos!
 ¿Y en cuál tu inocencia fundas,
 si á nada me has respondido,
 ni hay un testigo que arguya
 en tu favor, cuando en contra
 testimonios se acumulan?

PEDRO.

Entonces ¿ en qué se para
vuestra magestad sañuda ?

Pues qué os estorbo en la tierra
abridme la sepultura.

De mí para deshaceros

no os andeis buscando arbitrios,

decid: "*me importa que muera,*"

y haced que la ley se cumpla.

REY.

Basta, que esa pertinacia

con que mi poder insultas

y mi venganza provocas

mi clemencia sobrepuja.

Veo la diestra falacia

con que evitas mis preguntas

y las cuestiones complicas

con falsedades absurdas,

veo que me niegas todas

mis reconvenciones justas,

esquivándote de todas

por no resolver ninguna:

Y en ese afan despechado

con que mi corage azuzas

veo que al verte perdido

la muerte con ansia buscas.

PEDRO.

Sí, rey don Sancho, la busco:

que á mi dolor mas se ajusta

que tu ingratitud odiosa

la mas deshonrada tumba.

REY.

Y la tendrás.

PEDRO.

Pronto sea ;

su oscuridad no me asusta,

que es pabellon de reposo

para una conciencia pura.

(*Sale Melendo.*)

REY.

Hola... volvedle á su encierro.

(*Melendo le cierra.*)

Pues defenderse rehusan

que el cielo se lo demande

y sus destinos se cumplan.

ESCENA V.

EL REY. *Luego DON GARCÍA.*

- REY. ¡Pero qué altivo teson!
Oh, de ese viejo el acento
para agravar mi tormento
renueva mi confusion.
¡Gran Dios, si fuera posible...!
pero no; ¿cómo podría
caber en mi hijo García
pensamiento tan horrible?
¡Asi mi pena inclemente
á tanto extremo ha llegado
que temo hallarle culpado
y temo hallarle inocente!
- GARCIA. ¡Estábais aqui, señor!
- REY. García, ¿tal vez la hora
llegó ya?
- GARCIA. Pronto la aurora
va á alumbrar nuestro dolor.
- REY. ¡Tambien como yo padece,
infeliz!
- GARCIA. Sí, padre, mucho;
y esta pena con que lucho
por horas é instantes crece..
- REY. ¡Hijo!
- GARCIA. De mí no soy dueño:
y en mi ardiente frenesí...
ya no encuentro para mí
ni tranquilidad ni sueño.
- REY. ¿Y por qué? ¿Porque leal
á mi defensa acudiste
y el esplendor defendiste
de mi corona real?
¿Por qué afrontando el encono
de altivos conspiradores
entregaste á los traidores
que profanaron mi trono?
¡Oh, callad!
- GARCIA.
- REY. Tu corazon
con mis palabras alijo.

GARCIA. Sí, sí.

REY. El vasallo y el hijo
cumplieron su obligacion.
Ahora ya no hay que esperar
sino morir.

GARCIA. (Suerte impía.)

REY. ¡Y era tu madre! García,
ven, ven conmigo á llorar.
Llora su infelice suerte,
ya que el destino cruento
te escogió por instrumento
de su castigo y su muerte.
Llora, y luego á sostener
nuestra justicia te apresta
para cumplir lo que resta
de tu penoso deber.

GARCIA. ¡Mi madre!

REY. ¡Cuánta ternura!

GARCIA. ¡No hallará clemencia en vos?

REY. ¡Clemencia! téngala Dios
de mi negra desventura.
Contra su torpe malicia,
como esposo y como rey,
fié al brazo de la ley
su crimen y mi justicia.
Y yo su tremendo fallo
respetaré, porque así
la ley se respete en mí
como en su primer vasallo.
Mas si no puedo estorbar
su riguroso suplicio,
y este horrible sacrificio
es ya fuerza consumir,
no vea yo en tí, hijo mio,
ese afan que no te deja,
ese dolor que te aqueja
desesperado y sombrío.

GARCIA. ¡Ah! consideradlo vos;
y si ver mi alma pudierais
yo sé que os estremecierais.

REY. Pon tu confianza en Dios.

Deber fué en tí, no malicia,

- y hoy para mejor probanza
 aqui sostendrá tu lanza
 tu inocencia y mi justicia.
- GARCIA. (Si eterno este dolor es
 ya no hay para mí existencia.)
- REY. (*Acercándose á la cortina de la tienda.*)
 ¡De día ya!
- GARCIA. (Mi conciencia
 me va arrastrando á sus pies.)
 Señor...
- REY. Mira, ya veloz
 el alba á rayar comienza.
- GARCIA. (De temor y de vergüenza
 ni doy aliento á mi voz.)
- REY. A Dios; voy á disponer
 que la ceremonia empiece.
- GARCIA. Oidme...
- REY. ¡Qué te estremece!
 Cumplamos nuestro deber. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON GARCÍA.

¿Qué iba yo á hacer? á rebelar mi infamia;
 pero ¿qué rebelar pudiera yo
 á quien vive en la fé de que aún abriga
 un soplo de virtud mi corazón?
 ¡Hijo me llama el infeliz llorando!
 ¡hijo, que reino y honra le salvó...!
 ¿Cómo decirle al miserable viejo,
 padre, yo soy un vil calumniador?
 No, me arrastra inflexible mi destino
 por la senda del mal, y á rastra voy
 cual zarza estéril que arrebatá el viento,
 á caer en la eterna perdición.
 Pero llegan: ¿quién va?

ESCENA VII.

DON GARCÍA. ARJONA.

GARC. (*Al verle.*) ¡Tan pronto, Arjona!

- ARJON. Ya comienza del alba el resplandor,
y ya el pueblo las gradas del palenque
á ocupar turbulento comenzó.
- GARC. ¡Maldito quien me trajo hasta este trance,
maldita, sí, mi estúpida ambicion!
- ARJON. Ya no es hora, señor, de meditarlo,
el dia va á rayar.
- GARC. Déjame, Arjona;
siento que mi osadía me abandona.
- ARJON. Señor.
- GARC. Vacilo, sí; no sé ocultarlo.
Aquel hombre fatal... ¡él era, él era!
- ARJON. Sombra de la turbada fantasía.
- GARC. No, Arjona, realidad.
- ARJON. ¿Cómo pudiera...
- GARC. Todo ese hombre lo puede en contra mia.
Quien del fuego voraz le puso fuera,
de las aguas tambien le sacaria.
- ARJON. ¡Del fuego os acordais! ¿pues no os lo dije?
de su quinta una cava hasta la ermita
por senda subterránea dirige:
Torras la halló, y entrándose por ella
fué como dió con la muger.
- GARC. ¡Maldita
mi imprevision! en una y otra cita,
alli acechéme su infernal destreza.
- ARJON. Mas le cuesta el acecho la cabeza.
- GARC. Del secreto poder que le acompaña
todo lo temo, Arjona; en todas partes
mis pasos sigue su presencia estraña
sin que le estorben puertas ni baluartes.
Todo le es familiar, todo lo encuentra
facil en contra mia: favorece
todo su fuga: en el alcázar entra
tras de mí, en las prisiones... y parece
que sombra de mí mismo desprendida
los instantes me cuenta de la vida:
y si un soplo de calma me adormece
brota, dice, *aquí estoy*; y en la tendida
cavidad del espacio desaparece.
- ARJON. Supersticion del corazon medroso,
don García: aunque impávido y astuto

- es un hombre no mas, y de hombre á hombre...
- GARC. No me vieras por Dios irresoluto para emprender la lid, si solamente de lidiar se tratara frente á frente.
- ARJON. Mas ¿qué de él temeis ya? del rey vasallo notorio siendo que robó el caballo y estando pregonada su cabeza no se presentará.
- GARC. ¡Ven, insensato!
Si ningun defensor no se presenta ¿no ves, imbécil, que á mi madre mato? y es idea ¡ay de mí! que me amedrenta.
- ARJON. Aún la podeis salvar: si nadie acude sois dueño de su vida: suplicante á don Sancho acudid, ante ella misma...
- GARC. (*Horrorizado.*)
¿Yo? ¿Yo me he de poner de ella delante otra vez? no, jamas...: piensas en vanó: primero que sufrir tal agonía, los ojos, Lucas, con mi propia mano y el corazon feroz me arrancaria.
- ARJON. Pues aún es tiempo... desistid cobarde, desmentíos; mas ved que en esa hoguera que del verdugo ante las plantas arde el uno de los dos fuerza es que muera.
- GARC. Sella, asesino vil, sella esa boca; porque tu pecho miserable abriga sangre de hiena y corazon de roca.
- ARJON. Señor, tan solo vuestro bien me obliga porque con vos me salvo ó con vos muero: mas perdonad, señor, que tal os diga: ceder ahora es decir al mundo entero que ni valiente sois, ni caballero.
- GARC. ¡Ah...!
- ARJON. Se dirá de vos con mengua y saña "nada en tal hombre por entero cupo: ni crimen, ni virtud fué en él hazaña, ni aun ser infame sino á medias supo..."
¡Gran memoria de un príncipe de España!
- GARC. Pues bien, si no me cumple esa memoria, si al crimen nada mas caminar puedo, tal borron dejaré sobre mi historia

que á la futura edad imponga miedo.

(*Tumulto fuera.*)

¿Oyes? Ya ruge el pueblo ahí agolpado
de el horrible espectáculo sediento:
voy ; vive Dios! á dársele colmado ;
nunca le vió mas bárbaro y sangriento.

(*Suenan las trompetas.*)

Ah, pronto la señal.

ARJON. (*Asomándose á la tienda.*) El sol asoma.

GARC. (*Poscido de un vértigo.*)

¡Oh, infierno! ; regocíjate! como esta
no han preparado tus furros fiesta
ni en los circos idólatras de Roma. (*Trompetas.*)

VOCES FUERA. Pregon, pregon. ¡Silencio!

ARJON. Los heraldos

ya el combate pregonan.

GARC. ;Esto es hecho!

Cada cual ante Dios con su derecho.

HERALDO. (*Dentro.*) "Oid, oid, oid. Vasallos de don Sancho, rey de Navarra, de Aragon y de Castilla. El buen caballero don García, príncipe de estos reinos, ha aceptado el combate á que en uso del derecho que las leyes les conceden han apelado la reina doña Nuña y don Pedro de Sesé, acusados de criminal inteligencia y descubierta rebelion. Y siendo entrambos crímenes de lesa magestad las leyes les condenan á la pena del fuego, si al traspasar el sol la línea del horizonte no se presenta caballero alguno que quiera mantener su causa. Si esto aconteciere y el acusador saliere vencido sufrirá la misma pena en lugar de los acusados como la ley lo dispone; si saliere vencedor serán quemados en este mismo palenque los acusados, con el cuerpo del caballero su defensor, quedando desde luego condenados á la pena capital todos los que resultaren cómplices de su traicion. El rey ofrece asimismo doscientos marcos de oro á cualquier vasallo suyo, que asegure la persona del traidor que estrajo de las reales caballerizas su mejor caballo de batalla, asesinando para ello á su guardia y palafreneros. Esta es la justicia del rey. Vasallos del rey, acatad la justicia del rey. Viva don Sancho, rey de Navarra."

PUEBLO. ¡Viva!

GARC. ;Qué agonía, gran Dios! ciñeme, Arjona,

esa fatal espada.

Y que quede á favor de esta celada
encubierta á mi pueblo mi persona.

(*Se cala la visera.*)

¡Oh! estoy seguro que en mi horrible gesto
se ve mi odioso crimen manifiesto.

VOCES DEL PUEBLO. *Una.* Allí estan. Allí estan.

OTRA. Ya traen á los acusados.

OTRA. ¡Quién tal pensára de tan buen caballero
como don Pedro!

OTRA. Por eso mismo es mas grande su delito.

OTRA. Bien dicho. El rey les habia colmado de beneficios.

OTRA. Y le vendian mientras él conquistaba á los moros
nuevos señoríos.

OTRA. Son unos infames,
les van á atar á los postes de hierro
como á los villanos.

OTRAS. Bien, bien.

OTRAS. Viva la justicia del rey.

TODOS. ¡Viva!

(*Tumulto.*)

VOCES. Silencio. Silencio.

OTRAS. Ya bajan los jueces del campo.

OTRAS. Silencio. Escuchad.

UNO DE LOS JUECES DEL CAMPO. "Vasallos del rey, oid. La
hora del juicio ha llegado ya. La liza queda abierta desde
este punto; y si al pasar el sol la línea del horizonte no
anuncian los clarines un defensor, el verdugo cumplirá
con su deber."

MUCHAS VOCES. Bien, bien. (*Aplausos, ruido &c.*)

ARC. ¡Ea! ha llegado la tremenda hora.

Siento que Dios del corazon me arranca
el gérmen de su fé consoladora,
y en las venas la sangre se me estanca.

¡Sí, sí, de esta diabólica contienda
viene todo el infierno á ser testigo!

Vértigo... sed de crimen me devora.

Ea, corre los lienzos de esa tienda,
y el infierno desde hoy sea conmigo.

(*Arjona manda á los pages con una seña que abran
la tienda. Estos corren á un tiempo la cortina par-
tida en dos que cierra su fondo, y que cubre el*

teatro y aparece un vasto palenque cuyos andamios estan llenos de gente del pueblo. En el fondo de este palenque se ve un altar, delante de él el verdugo que con una tea encendida está pronto á encender la leña hacinada al rededor de la reina y de don Pedro, que estarán atados á dos postes de hierro y uno á cada lado del altar. Por sobre los andamios se cierra el horizonte con pintorescas montañas. El sol acaba de salir por encima de unos cerros desiguales, y derramando sobre la escena la rosada luz de la mañana.)

PEDRO. Señora, ¿no teneis otra esperanza?

¡Oh! si mi brazo fuerte todavía estuviera...

REINA. El de Dios á todo alcanza.

PEDRO. Creo que Dios tambien nos abandona.

REINA. Solo él puede apreciar nuestra agonía, que inútiles con el dolo y falsía lo que castiga ve y lo que perdona.

PEDRO. No tengo esa virtud: sopro mundano me anima aun el corazon terreno, y voy la hiel de que le siento lleno sobre ellos á verter. (*Al pueblo.*) Pueblo villano, rey infame... escuchad.

VOZ EN EL PUEBLO. ¿Qué es lo que dice?

OTRA. Dejadle hablar.

OTRAS. ¡Silencio!

(*El pueblo calla despues de largo chicheo.*)

OTRAS. Oid.

PEDRO. Rey fiero,

sin fé, ni ley: el Dios á que apelamos, que indefensos morir nos deja infiero, mas ante él de tus leyes protestamos.

Ella inocente, y yo buen caballero,

al tribunal de Jesucristo vamos,

y al inmolarme con tan vil castigo

rey, príncipe, villanos... yo os maldigo.

(*Don Garcia se tapa la cara con las manos, exhalando un ¡ay! desesperado.*)

GARC. ¡Ay!

VOCES DEL PUEBLO. ¡Nos insulta! muera.

OTRAS.

¡Muera!

- OTRAS. ¡Muera!
(Le reina demuestra voluntad de hablar.)
- VOZ. La reina quiere hablar.
- VOCES. ¡Mueran!
- OTRAS. Oidla.
- OTRAS. Silencio. Oid. Callad.
(Otro largo chicheo. El pueblo calla.)
- REINA. Sin culpa muero:
 mas aunque Dios por causa soberana
 que indefensos morir nos deja infiero,
 yo como reina moriré, y cristiana.
 Sí, yo inocente, y él buen caballero,
 seremos ante Dios esta mañana;
 mas aunque me inmolais no os guardo encono.
 Hijo, esposo, vasallos... yo os perdono.
- PUEBLO. Bien, bien.
- GARC. No puedo mas...
(Don García pone mano á la daga. Arjona le detiene.)
- ARJON. Señor, teneos.
 ¿Qué quereis intentar?
- GARC. Morir, Arjona.
 Déjame.
- ARJON. No.
- VOCES. ¡La hora se pasa!
- OTRAS. ¡Mueran!
- OTRAS. Mueran, mueran...
- UNA VOZ. Ninguno les abona.
 Culpables son, pues Dios les abandona.
- OTRAS. Ya dan los jueces la señal...
- OTRAS. La hoguera
 va á prender ya el verdugo.
- GARC. No, no quiero:
 no puede mas mi corazon de fiera.
 Sálvese, sí.
(Don García va á salir de la tienda, en cuyo momento suena la seña de un agudo clarin. Don García se detiene.)
- ARJON. ¡El clarin!
- PUEBLO. ¡Un caballero!

ESCENA VIII.

DICHOS. DON RAMIRO.

(Se presenta don Ramiro armado de pies á cabeza: el esclavo Etiope, de quien se hace mencion en los anteriores actos, vestido á la oriental con turbante blanco y con un collar de oro en señal de esclavitud, conduce de la brida el hermoso caballo de batalla del rey don Sancho magnificamente caparazonado y empenachado. Un page con los colores de la Casa Real de Navarra y Castilla trae el escudo y la lanza de don Ramiro. Este tira un guantelete á los pies de don Garcia y dice en alta voz:)

RAM. Aqui estoy, llego á tiempo todavía;
y os declaro á la faz del mundo entero
torpe y vil impostor, mal caballero,
calumniador infame, don Garcia.

VOCES. ¡El caballo del rey!

OTRAS. Ese es el que le ha robado.

OTRAS. Qué descaró, qué atrevimiento.

OTRAS. No puede combatir, no es caballero,
está declarado traidor y condenado á muerte.

OTRAS. Muera.

OTRAS. Sí, sí, que muera tambien con ellos.

OTRAS. ¡Prenderle, matarle!

UNA. Ningun villano puede ceñirse armadura real.

OTRAS. Muera, muera. Allá van los jueces del campo.

TODOS. Bien, bien.

(Los jueces del campo con algunos soldados se dirigen hostilmente hácia don Ramiro. Este toma rápidamente el escudo de manos del page y descolgando el hacha de armas del caparazon del caballo les hace retroceder.)

RAM. ¡Mentís! derechos tengo á esta armadura,
yo puedo entrar con ella en la batalla.

PÜEBLO. Muera, muera; cogedle.

RAM. Atrás, canalla.

REY DE ARMAS. Paso al rey, paso al rey.

REY. ¡Quién atrevido
mi ley insulta y su delito ostenta

y con mis propias armas se presenta?

RAM. Oídme una palabra.

REY.

Di.

RAM.

Al oído.

(*Don Ramiro se acerca al oído del rey. Este se estremece y volviéndose á los suyos dice:*)

REY. Atrás, señores; retiraos.

GARC.

¡Cielo!

¡Con sola una palabra... aun al rey mismo...!

RAM.

(*A don García.*)

Ya lo veis... á no ser por mi buen celo por vuestra alma, la echais en el abismo.

REY.

¡Oh! concluid por Dios: si este secreto sabeis, ¿quién sois?

RAM.

Señor, antes de todo (*Con calma.*) que inocentes no sean el objeto de la mofa del vulgo.

REY.

¿De ese modo

quereis...?

RAM.

Que libres sean, ó en voz alta al vulgo vil relataré esa historia.

REY.

No, no. Libres estan.

RAM.

Al punto vengan, y en silencio escuchando se mantengan.

(*El rey hace una señal, y van á traer á la reina y Sesé. La tienda se cierra como al principio del acto.*)

Pues os mostrais, don Sancho, tan celoso de vuestro real honor que una sospecha mal probada por labio mentiroso presa tan noble á los verdugos echa, quiero, señor, que doña Nuña sepa, antes que el duelo con mi vida acabe, lo que en el alma de sus jueces cabe cuando creen que la infamia en ella quepa.

ESCENA IX.

DICHOS. LA REINA y SESÉ, á una seña de Ramiro.

Ya estan aqui... silencio, estadme atentos; vos tambien escuchadme, don García, y si despues de oirme unos momentos

la espada alzais, encontrareis la mia.

(*Todos escuchan con asombro y ansiedad. Don Ramiro domina la escena, y recita con dignidad y calma.*)

Conocí una muger... su nombre Caya.

REY. ¡Dios Santo!

RAM. Es grande historia. Esta matrona, casada con un noble de Vizcaya, su sien ceñia con feudal corona.

Un mancebo... su nombre no hace al caso, se prendó de su garbo y hermosura:

y ella incauta, él audaz, paso tras paso fuéles prendiendo amor en red segura.

Él amante, altanera la matrona,

“á todo (la dijo él) por tí me atrevo:

¿quieres cambiar por otra esa corona?”

y ella que le entendió picó en el cebo.

Una noche el baron, su noble esposo,

á manos pereció de unos bandidos;

dolióse ella del caso lastimoso,

mas siguieron de entonces mas unidos

los dichosos amantes.— ¡Ay! ¿qué dicha

es segura en la tierra? El mozo osado

heredó á poco un reino, y por desdicha

de Caya otra muger con el reinado.

Él la aceptó, pues le traía en prenda

otra corona mas, y aunque fingía

falaz con Caya al fin cayó la venda

que el corazon amante la cubria.

Dejóla el rey, y en vez del matrimonio

que la ofreció, del reino desterróla

firmándola un inútil testimonio

para un infante que del rey quedóla.

Y esta muger errante y espatriada...

(*Se interrumpe.*)

REINA. }

REY. }

SESE. }

RAM. }

¡Acabad!

Sucumbió tras largo duelo,

á su hijo dando de la edad pasada

noticia, y por el rey pidiendo al cielo.

REY. }

RAM. }

¡Dios mio! ¿Y aquel hijo?

Asió una lanza

y en Palestina y Francia aventurero
vivió guardando siempre una esperanza
de ser al fin un noble verdadero.
Topó en Francia por fin á una condesa,
que á otro príncipe estaba prometida,
la sedujo y huyó con la francesa,
y aqui vinieron á pasar la vida.

REINA. Proseguid.

RAM. A favor del pergamino
que dió el rey á su madre, pasó este hombre
vida sin porvenir y sin destino,
sin descubrir su origen ni su nombre.
Dió el caso, que á un traidor, que conspiraba
por impensado azar, halló la buella,
y como en nada este hombre se ocupaba
dió en seguir holgazan el rastro de ella.
Dios les puso á los dos frente por frente,
y por do quier se hallaban: disponia
el uno en unas ruinas plazo y gente,
y el otro sus secretos sorprendia.
Y...

REY.

REINA.

SESÉ.

RAM.

¿Qué?

Ya en concluir veo que tardo;
secreto es que callárosle no debo.

(A la reina.)

Vos la ofendida sois.

(Al rey.)

Vos el mancebo;
Don García el traidor y yo el bastardo.

(Don Ramiro presenta al rey el pergamino en cuestion,
hincando la rodilla en tierra.)

REY. Sí, es mi firma. Hijo mio. (Abrazo rápido.)

RAM.

Ahora, García,
ciertos de la verdad ambos estamos;
si me tiendes tu mano, esta es la mia;
si en tu demanda estás al campo vamos.

REINA. Tened, tened: el dedo del destino
manifiesto está aqui, y á la inocencia
el justiciero Dios abre camino.

REY. Sí, perdona un error...

REINA. (Interrumpiendo.) Que no acrimino.

- REY. Yo revoco mi bárbara sentencia.
 RAM. Y yo abrazo la causa de mi hermano:
 deróguese la ley, y en su delito
 sea el único juez... Dios Soberano.
 (De rodillas.)
 Su perdon os propongo.
- REINA. Yo le admito.
 (A don García.)
 Pastor tiene la Iglesia cuya mano
 tiene poder y crédito infinito
 de atar y desatar... tu culpa llora,
 y de Roma no mas perdon implora.
- GARC. (De rodillas.) ¡Madre!
- REINA. Mas oye: don Ramiro debe
 dar la mano á tu esposa prometida,
 y en tu lugar tambien mando que lleve
 tu parte de heredad por mí traída.
 Sí, pues solo él á defender se atreve
 mi calumniado honor con su honra y vida
 ved en qué precio su virtud estimo:
 mi primogénito es, le legitimo.
- REY. Acepto. Abrid, heraldos, esa tienda.
 (Lo hacen, y vuelve á quedar á la vista del público el
 palenque, cuya arena han ocupado ya los villanos,
 que contenidos por los soldados forman un numeroso
 grupo al rededor de la tienda.)
 Pues mis armas vistió ya es caballero:
 pregonadlo á mi pueblo y que esto entienda.
 Yo le doy mi caballo: que altanero
 sobre él las calles cruce; de la rienda
 le lleven reyes de armas, y que atienda
 Navarra á que es su príncipe heredero.
 (Clarines y atabales en señal de pregon, y algo lejos
 tumulto, vivas. Traen mas al centro de la escena el
 caballo de don Sancho. El pueblo se agolpa en re-
 dedor.)
- REY. (A don Ramiro.)
 Ea, á caballo tú.
- REINA. (A don García.) Tú, escolta toma
 y á implorar parte tu perdon de Roma.
- GARC. (Con afan y pronto á partir.)
 Sí, partiré; mas á la vuelta mia

si traigo, madre, un corazón sincero,
¿puedo esperar de vos...?

RAM. (*Interrumpiéndole y atajando á la reina, que va á responder.*) Sí, don García;

yo tras tí quedo; vé, y en mi fé fia:

buen hermano seré, buen caballero.

(*Don Ramiro y don García se dan la mano, y este parte por la izquierda seguido de Arjona, que se habrá confundido con la multitud durante la anterior escena. Don Ramiro monta á caballo, alejándose todos en tumulto aclamándole. Los reyes de armas de pie sobre los andamios del palenque y tremolando los pendones de Castilla, Navarra y Aragon, gritan cada cual á su correspondiente turno.*)

(*El que tiene el pendon de Castilla dice:*)

¡Viva la reina de Castilla!

PUEBLO. ¡Viva!

(*El que tiene el de Navarra dice:*)

Viva el rey don Sancho de Navarra. Viva.

(*El que tiene el de Aragon dice:*)

¡Viva el príncipe don Ramiro, rey de Aragon!

PUEBLO. ¡Viva!

(*Los oïllanos aplauden, tiran por alto los virretes &c. &c. Tumulto.*)

Cae el telon.

FIN DE LA COMEDIA.